

CRISTIANDAD

Año XIV - Núm. 434

BARCELONA

ABRIL 1967

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL

CRISTO CONTRA DIOS

F. C. V.

ACCION PASTORAL
DEL SACERDOTE
EN BARCELONA

Exhortación del Arzobispo
Dr. Marcelo González

CARTAS DE SAN JUAN I y II

UNA NUEVA REVISTA ALEMANA:
«NUNC ET SEMPER»

C.

TÓPICOS: LOS DISCOS ROTOS
TRIUNFALISMO
DIÁLOGO

Carlos A. Callejo

LA DOCTRINA DE LA CRUZ
SEGÚN EL EVANGELIO

Roberto Cayuela, S. I.

EN LA TEOLOGÍA
DE LA HISTORIA
III: EUROPA EN 1914
ANTE LA GRAN GUERRA

Luis Creus Vidal

EL MILENIO SAGRADO
EN POLONIA

Francisco Segura, S. I.

EL CONGRSO DE LAUSANNE 1967

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

LA PAZ DE LA IGLESIA EN LA INTEGRIDAD DE LA FE

«Tenemos muy en el corazón la paz interior de la Iglesia, a la que urge sea asegurado el generoso fermento del Concilio Ecuménico en la integridad de la auténtica fe, de la cohesión de la caridad y de la disciplina eclesial; en el fervor de la expansión apostólica por la salvación del mundo y en los sinceros intentos de acercamiento ecuménico con cuantos están marcados con el nombre de cristianos.»

(Paulo VI ante su viaje a Fátima)

CRISTO CONTRA DIOS

"La que se ha dado en llamar situación posconciliar debería más bien ser definida como la agudización de la crisis que hizo necesarias las precisiones del Concilio", ha escrito Maritain en "Le Paysan de la Garonne".

La reflexión sobre esta trágica paradoja nos hará comprender hasta qué punto y con qué intención se ha venido tomando el nombre del Concilio en vano. Una interpretación sectaria y hegemónica suplantó su autoridad auténtica por la de una "línea mayoritaria" entendida según la dialéctica de tensiones y polaridades del moderno proceso de las ideologías político-sociales. Se proclamaba una revolución que abría una nueva era.

Signo de esta nueva vitalidad eran las actuales "tensiones" cuya superación se obtendría por un diálogo que avanzase hacia nuevas "síntesis". El elemento activo y creador sería desde luego el aportado por las actitudes liberadoras y progresivas, enfrentadas a la pretensión de estabilidad de las antiguas tesis.

Muchas voces han matizado su exhortación a la paz de la Iglesia según el estilo de este proceso dialéctico. La filosofía, "nueva" en la Iglesia de Dios, de las antítesis y de las síntesis superadoras, ha sido así reforzada —y por cierto a la vez mixtificada— con el llamamiento al amor entre los hermanos y con la exigencia de respeto a la libertad legítima de las opiniones.

Pero es urgente afirmar con claridad y energía que bajo pretexto de la dinámica posconciliar se han abierto camino y pretenden imponerse corrientes profundas y radicalmente opuestas a la fe cristiana "tal como se ha conservado y desarrollado en el curso de los siglos por el magisterio divinamente asistido" —según ha escrito el Cardenal Journet aludiendo a la necesidad de rechazar en bloque la sistemática de Teilhard de Chardin.

La apostasía de Occidente se había desarrollado en fases sucesivas y graduales: Cristo sí, la Iglesia no; Dios sí, Cristo no; finalmente, Dios ha muerto, sin Dios y contra Dios.

En la perspectiva de una teología de la historia el humanismo antiteísta que dieron expresión Feurbach, Comte, Marx y Nietzsche ha de ser juzgado desde la profecía paulina: "si primero no viniere la apostasía y se manifestare el hombre del pecado, el hijo de la perdición, el que hace frente y se levanta contra todo lo que se llama Dios o tiene carácter religioso..." (II Tes., 2, 3-4).

"Dios ha muerto" es hoy el lema de una corriente teológica cristiana. Cristo contra Dios. El obispo anglicano Robinson nos anuncia "otro evangelio" para el que la protesta antiteísta frente a un Dios personal, absoluto y trascendente, señor de cielos y tierra, es no sólo una posibilidad sino una exigencia del mensaje cristiano.

Los matices y atenuaciones con que este nuevo cristianismo pretende, tal vez, diferenciarse del puro antropocentrismo inmanentista y naturalista no podrían ocultar la radical oposición de la teología del "Honest to God" respecto del Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo de la predicación apostólica y de la tradición y enseñanza dogmática de la Iglesia.

La confusa apariencia de un cristianismo vago, posibilitado por las atenuaciones y matices de la obra de Robinson, viene a facilitar que la actitud antiteísta pueda "llegar a invadir el santuario de Dios" (II Tes., 2, 4). Diríase que estamos presenciando "la abominación de la desolación" en el lugar santo.

F. C. V.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Mayo 1967

GENERAL:

«Para que crezca con mas intensidad la práctica de participar activamente en el sacrificio de la Misa y de recibir la Comunión».

MISIONAL:

«Que las artes y las obras de cultura humana contribuyan a la propagación de la Fé.»

LA ACCION PASTORAL DEL SACERDOTE EN BARCELONA

EXHORTACION DEL ARZOBISPO
DR. MARCELO GONZALEZ

Al Clero y fieles del Pueblo de Dios.

Sea en todos y con todos la paz y la Gracia del Señor.

Difficil como es, siempre, la acción pastoral del sacerdote que desea vivir todo lo que la Iglesia pida a los ministros de Cristo, la dificultad aumenta hoy, al tratar de aplicar las enseñanzas del Concilio que, en tantos aspectos, suponen un cambio profundo de criterios y de métodos, aún cuando permanezca inmutable la doctrina. Precisamente porque la Palabra revelada contiene algo de la vida misma de Dios, es inútil, además de imposible, querer aprisionarla en los moldes estrechos de un determinado modo de vivir y de pensar correspondiente a una época histórica o a la concreta mentalidad de un pueblo. Los dogmas tienen, sí, una expresión exacta que la Iglesia formula y a su Magisterio hemos de atenernos para poder lograr un entendimiento provechoso de los mismos.

Un esfuerzo inmenso

Pero el contenido que se encierra en esas formulaciones es tan rico y tan nuevo siempre, no obstante su fijez, que la Iglesia ha de hacer constantemente un esfuerzo inmenso, guiada por el Espíritu de Dios, para desentrañar su depósito y aplicarlo con amor de salvación a los hombres de todo tiempo y lugar, los cuales sí que cambian en las concretas manifestaciones de sus exigencias, sus anhelos y sus luchas.

Uno de esos esfuerzos acaba de hacerlo ahora la Iglesia en el Concilio Vaticano II. No es extraño que las dificultades para su asimilación se hagan también más visibles. Pido respeto por el sacerdote que sinceramente se afana, empezando por mantener su unión con Dios, por ser también fiel a lo que ese mismo Dios ofrece a los hombres.

Estructuras que es necesario corregir

Sucede además que en las actuales circunstancias de la vida española hay estructuras que es necesario corregir, si se quiere satisfacer legítimos derechos de los hombres. Nacida esta situación de una guerra civil dolorosísima, el país ha de evolucionar, con orden y en paz, hacia el logro de aquellas formas de convivencia que sean las más aptas para la justa satisfacción de los derechos de todos, de acuerdo con la doctrina pontificia y las enseñanzas del Concilio que como católicos hemos de tener en cuenta, tanto los gobernantes como los gobernados. Buena prueba de esa necesidad la encontramos en

el hecho de que las mismas autoridades de la nación, a quienes incumbe la responsabilidad suprema del Gobierno, tratan ahora de someter a revisión ordenamientos muy importantes de la cosa pública. Dios quiera que se acierte, tanto en las determinaciones que hayan de adoptarse como en los procedimientos que se han de seguir para dar a las mismas estado jurídico.

Esto indica que no todas las quejas y reclamaciones carecen de fundamento real, y es deber del gobernante atender, con ánimo sincero de corrección, a los motivos que las provocan. Por lo mismo, la acción pastoral del sacerdote encuentra aquí, con frecuencia, obstáculos serios que entorpecen su labor y pueden dar lugar a una interpretación errónea de su predicación y sus actitudes. Pido también caridad y comprensión para aquellos sacerdotes, de quienes no se puede poner en duda una recta intención y un innegable afán de abnegado servicio al Evangelio y a los hombres. Cuando se vive diariamente en barriadas de veinte o treinta mil habitantes, siendo testigos del drama continuo de muchas familias que carecen de vivienda, de posibilidad de dar enseñanza y educación a sus hijos, a veces de salud, de trabajo seguro, desarraigados del lugar de origen, la tensión espiritual de un alma generosa y noble, como es la de estos sacerdotes, se convierte en un tormento. ¿Qué pueden hacer, si, frecuentemente, les falta todo, a ellos y a sus hijos, los pobres? Como Cristo, frente a un pueblo que padece tantas hambres, aunque sin posibilidad de multiplicar los panes, sienten compasión por la muchedumbre y quieren remediar sus desgracias sufriendo con el que sufre.

Una sociedad que se llama cristiana y que tanto dista de serlo

A estos sacerdotes hay que verles y juzgarles, no sólo cuando aparecen envueltos en tal o cual desafortunado episodio, sino a través del diario vivir en que, hora tras hora, se agotan silenciosamente, junto a sus iglesias desiertas o incluso inexistentes, queriendo acercar el Evangelio a los que son víctimas de tantas injusticias de la vida. Frecuentemente, el sucedido aislado, del que da cuenta la prensa o que es objeto de comentarios diversos, no es más que el último eslabón de una cadena que, aunque se rompa hoy, vuelve a empezar mañana.

Amo a estos sacerdotes, defiendiendo la rectitud de su intención, y pido a quienes les juzgan que se esfuerzen por penetrar en las profundidades de un alma de apóstol que quiere que resplandezca más el rostro de Dios en una sociedad que se llama cristiana y que tanto dista de serlo. En el poco tiempo que llevo en la Diócesis he conocido

ya a muchos de ellos, y puedo asegurar a quienes les combaten que, si conocieran de cerca los móviles internos de su actuación y su vida tan desprendida, cambiarían de modo de pensar. Si junto a ellos, o con ellos mezclados hubiese alguno con las virtudes sacerdotales en quiebra, ello no me impediría reconocer la virtud de los demás.

Ruego, pues, a todos los fieles, en nombre de Cristo y de la Iglesia que, antes de condenar a nadie, hagan también un esfuerzo por comprender la complejidad de situaciones en que la acción pastoral se ve envuelta en una Diócesis de las características de esta de Barcelona.

Pero a la vez tengo que dirigirme también a los propios sacerdotes, consciente igualmente de los graves deberes que me impone mi misión episcopal, que es misión de servicio a todos los fieles del pueblo de Dios. En la Iglesia no hay islas separadas, sino un solo Cuerpo Místico de Cristo.

Atento a estos deberes y compartiendo plenamente vuestras preocupaciones apostólicas en tanto en cuanto son eso, apostólicas, os pido, queridos sacerdotes, que prestéis atención a las siguientes precisiones:

1.^a Todo sacerdote de Cristo tiene grave obligación no sólo de procurar la salvación de los hombres, sino de discernir los métodos y procedimientos adecuados para ello, utilizando únicamente los que la Iglesia aprueba. La conciencia individual de cada uno, unida con la de los demás, puede aportar luz para descubrirlos, pero no convertirse en norma única y suprema. No es lícito el ejercicio del ministerio sagrado si no es en comunión con la jerarquía.

2.^a Al predicar el Evangelio hemos de esforzarnos por aplicarlo a las situaciones concretas de la vida (Concilio Vaticano II. Decr. "Praesbiterorum Ordinis, n.º 4), pero ello ha de hacerse con justicia, con amor a todos, y con profundo conocimiento de los hechos que se juzgan.

3.^a Al defender, en nombre de la doctrina de la Iglesia, las libertades de los hombres, no podemos olvidar que esa misma doctrina de la Iglesia señala que la libertad tiene sus límites. Determinar en cada caso y cuestión concreta del orden temporal cuáles son esos límites, no es tarea que corresponda al sacerdote ni al obispo, al menos con exclusividad. Si como maestros de la fe y la moral podemos, en un momento dado, señalar las exigencias del orden natural, querido por Dios, al descender a más particulares aplicaciones en el campo de lo temporal, forzosamente han de oírse voces que, además de la recta voluntad de los ciudadanos, traigan las enseñanzas del derecho político y social, de la sociología, de la economía, etcétera, dominios todos ellos que no corresponden al sacerdote en cuanto tal.

Actitud ante las cuestiones de orden temporal

4.^a Por lo mismo, en el altar, cuando predicamos, o en la asociación religiosa en que actuamos como consilia-rios, jamás podremos intentar convertirnos en técnicos de

estos problemas. Lo que el Concilio pide, al hablar de la aplicación del Evangelio a situaciones concretas de la vida, es que el sacerdote instruya a los fieles para que ellos, con la luz de la doctrina por delante, es decir, con sus enseñanzas todas, no con las que a cada uno nos gustan, obren en los casos concretos de su personalidad personal, familiar, profesional, política, etcétera. Esto nos obliga a esmerarnos tanto en nuestras virtudes sacerdotales, que son el primer argumento de la predicación, y a profundizar tanto en el conocimiento de los hechos, que casi nunca podremos llegar a señalar certezas, y sí únicamente probabilidades. Sucede además, en la predicación de la Iglesia, la del Papa cuando se dirige al mundo, la del obispo cuando habla a su diócesis, la del párroco cuando enseña a sus feligreses, que al tratar de cuestiones temporales, apenas se puede ni se debe hacer otra cosa que exponer la doctrina y hacer aplicaciones planteadas sobre la base de múltiples hipótesis, sencillamente porque el mundo para el Papa, la diócesis para el obispo, la feligresía para el párroco, son colectividades llenas de hombres con criterios divergentes, con motivaciones diversas en su obrar, con aspiraciones distintas, cuya legitimidad puede ser clara en unos y discutible en otros. Somos maestros de la fe y las costumbres, cuando nos acompañan la virtud y la ciencia sagrada, pero no somos otra cosa.

El Papa puede promulgar la Encíclica "Populorum progressio" y señalar con palabras muy fuertes los deberes del mundo de hoy respecto a los pueblos subdesarrollados, pero no puede decir a cada país cuáles son sus concretas obligaciones, porque no es esa su misión. Yo puedo decir que los españoles tenemos derecho a la libertad de asociación, y lo digo, pero no puedo precisar hasta dónde llegan los límites prudentes de ese derecho: No puedo hacerlo ni yo solo, ni unido con todo el clero de la diócesis, cuando se trata de cuestiones de orden temporal en que los ánimos de los ciudadanos están divididos. Podremos, y debemos, esforzarnos todos por hacerlo y llegar a determinarlo, pero con paz, con amor y con mutuo respeto.

Si alguien dijera que según esto, la predicación cristiana es ineficaz, yo afirmaré que precisamente por esto es lo contrario. De la universalidad de sus principios nace su fecundidad para todo tiempo y lugar, con tal de que los que la oyen la reciban con buena voluntad y la cumplan.

Preocupados por las relaciones sobrenaturales del hombre con Dios

5.^a Y añadido aún más: que esta reflexión que hago sobre la predicación sagrada sólo es completa con otra consideración, la que no sólo hemos de estar preocupados por iluminar las situaciones concretas de la vida, sino aún más por las relaciones sobrenaturales del hombre con Dios, ya que somos ministros de una religión revelada que ofrece la vida divina al mundo. Ciertamente,

esas relaciones nunca serán bendecidas por el Padre que está en los cielos, si los que acuden a Él como hijos se empeñan en no ser hermanos de los demás en la tierra; pero es de Dios, del conocimiento de Él, del amor a Él, de donde brotará el afán de ser justos unos con otros. Cristo dijo en la hora de su ascensión al cielo que predicáramos "la penitencia y el perdón de los pecados" (Lc. 24, 17) y esto exige mucha, muchísima, reflexión de cada uno sobre sí mismo para cumplir bien con el deber de anunciar la palabra y limpiar el mundo de obstáculos que impiden la aplicación del Evangelio a esas situaciones concretas que nos preocupan.

En una palabra, nuestra predicación no ha de consistir en generalidades vagas y abstractas, no, pero tampoco ha de incurrir en el defecto contrario. Y siempre atender en primer término al misterio de la vida de Dios, de la Eucaristía, de los sacramentos, de la gracia, de la cruz, del cielo, de la esperanza. Así predicó Cristo. Así predicaron los Apóstoles. Así predica el Papa. Así ha predicado también el Concilio, y lo verán quienes quieran estudiar íntegramente sus documentos. Si por afán de encarnación nos olvidamos de esto y no fomentamos en el corazón de los creyentes la misteriosa vida sobrenatural que Cristo nos trajo, podría suceder que en lugar del legítimo amor al mundo contribuyéramos a crear apetitos posesorios y ásperas rivalidades por gozar de las precarias delicias de la tierra.

«Delicada como es la actitud del sacerdote en el interior del templo, lo es igualmente en la calle»

6. Hago ahora una aplicación dolorosa, pero con el alma llena de caridad hacia quienes se han dejado llevar de recta y generosa intención. Delicada como es la actitud del sacerdote en el interior del templo, lo es igualmente en la calle. Participar en manifestaciones públicas que, sobre estar prohibidas por la ley, versan sobre problemas que no son de su competencia y además dividen los ánimos, nunca debe hacerlo. Para lo sucesivo, sabedlo con toda claridad. Repudio y prohíbo tales actuaciones. ¿Qué Iglesia sería aquella en que nos fuese dado contemplar a unos sacerdotes manifestándose en la calle con estos y a otros con aquellos, fuera unos y otros de su misión sagrada? No pongo en duda el generoso impulso que a muchos, mueve, pero ordeno con humilde seguridad y firmeza a los que son ministros de Dios que no se muevan en la calle entre las discusiones de los hombres. Si en algún momento determinado se estima necesaria una intervención de la Iglesia, el obispo con sus sacerdotes, cumplirá con el deber que su conciencia le imponga.

Pienso y espero de vosotros, queridos sacerdotes, que no haya ninguno que quiera desobedecer explícita y formalmente a su obispo. No es ese el camino para la evangelización. No y mil veces no. Acepto mi responsabilidad ante Dios y mi conciencia, y también ante los hombres, al decir esto.

Hay más. Tengo que referirme a los escritos colectivos que a veces se difunden, firmados por eclesiásticos. Esto, en cierto modo, es aún más grave. Constituye un abuso de autoridad en el ejercicio de la sagrada función de enseñar y de orientar al pueblo, si no se hace en comunión con el obispo. Reflexionad en silencio y oración, sacerdotes queridos, y comprenderéis que Dios no puede guiar vuestros pasos, si los dais fuera del camino que Él señala. Si, además, sucede que dejáis de obedecer al obispo para someteros a las presiones de otros, el resultado, lo digo con dolor y en vuestra propia defensa, es aún más triste.

«Me nuevo por encima de toda clase de política»

Termino. Hace cuatro meses que empecé el servicio pastoral a nuestra diócesis con plena responsabilidad. He querido escuchar, dialogar, observar atentamente, antes de tomar medidas que me hubieran aliviado en mi trabajo abrumador. Todo podría frustrarse si nos deshacemos en querellas y luchas que impidan la planificación pastoral de que estamos tan necesitados. Si no hay serenidad, oración, reflexión seria, no podemos hacer nada en favor del pueblo que espera. De todo el pueblo. Calumniaría gravemente el que dijese que vuestro arzobispo no lleva en su entraña la más viva preocupación por los problemas del mundo del trabajo. Quisiera poder llegar a decir y a hacer todo cuanto sea necesario en nombre de la Iglesia, pero también como tiene que decirlo y hacerlo la Iglesia de Dios, a la cual servimos.

Me nuevo por encima de toda clase de política, si por política se entiende compromiso con el poder civil, que fuera en detrimento de mi misión.

Es más, abrigo la convicción personal, hace mucho tiempo sentida, y manifestada en público y en privado, de que sería mejor para todos una más clara fijación de las líneas propias en que han de moverse la Iglesia y el Estado, sin que ello haya de significar ausencia de una colaboración fructuosa en favor del bien común. Mi independencia respecto a los hombres es completa, pero también lo es mi sumisión a la Iglesia y al Evangelio, que quieren paz, amor, justicia, y trabajo continuo en busca de la luz.

Las sombras se dan en todas partes y siempre. Hoy por unos motivos, mañana por otros. El apóstol de Cristo sufrirá, como Él, y luchará para que la luz se haga. Nunca lo logrará del todo. Pero ha de seguir adelante siempre proclamando la palabra salvadora. Proclamándola, sí, no imponiéndola. Pidamos al Espíritu Santo, por intercesión de la Santísima Virgen María, Madre nuestra, que nos ilumine y nos conforte.

Os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

† Marcelo, Arzobispo de Barcelona y Administrador Apostólico de Astorga.

Barcelona, 5 de mayo de 1967.

"EN ESTO CONOCEMOS QUE AMAMOS A LOS HIJOS DE DIOS, EN QUE AMAMOS A DIOS"

I

"Conoced el espíritu de Dios"

¹ Carísimos, no creáis a todo espíritu antes contrastad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas salieron al mundo.

² En eso conoced el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesús como Cristo venido en carne, es de Dios;

³ Y todo espíritu que rompe la unidad de Jesús, no es de Dios;

y éste es el espíritu del anticristo, el cual habéis oído que viene, y ahora está ya en el mundo.

⁴ Vosotros sois de Dios, hijuelos, y los habéis vencido;

porque mayor es el que en vosotros está que el que está en el mundo.

⁵ Ellos del mundo son: por eso hablan inspirados por el mundo, y el mundo los escucha.

⁶ Nosotros somos de Dios: el que conoce a Dios, nos escucha. el que no es de Dios, no nos escucha. De esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu de la seducción.

"El que ama de Dios ha nacido"

⁷ Carísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido, y conoce a Dios.

⁸ Quien no ama no conoció a Dios, porque Dios es amor.

⁹ En esto se manifestó el amor de Dios en nosotros, en que al Hijo suyo Unigénito envióle Dios al mundo, para que vivamos por El.

¹⁰ En esto está el amor: no que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino que El nos amó a nosotros y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados.

"Hemos creído en el amor que Dios nos tiene"

¹¹ Carísimos, si Dios nos amó así a nosotros, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

¹² A Dios nadie jamás le ha visto: si nos amáremos unos a otros, Dios permanece en nosotros,

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

En verdad, aunque evidentemente no estemos en situación de hacerlo, llevo, sin embargo, a comprender lo que quieren decir los que insisten en repetirnos que haríamos bien en abandonar el uso de la palabra "Dios" durante una generación: tan saturada está ahora esta palabra por una cierta manera de pensar, que la hemos de dejar al margen si queremos que el Evangelio continúe teniendo alguna significación. (*Honest to God*, p. 24, traducción catalana.)

"Lo que he intentado decir en este ensayo exploratorio podrá parecer ahora radical y, a muchos sin duda, herético, pero de lo único que estoy bien seguro es de que retrospectivamente, se verá que mi error no habrá sido otro que no ser bastante radical." (*Ibidem*, p. 27.)

y su amor ha llegado en nosotros a su perfección.

¹³ En esto conocemos que permanecemos en El y El en nosotros, en que nos ha dado de su espíritu.

¹⁴ Y nosotros hemos visto, y testificamos, que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo.

¹⁵ Quien confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios.

¹⁶ Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene con nosotros.

“Quien ama a Dios ame también a su hermano”

Dios es amor,
y quien permanece en el amor,
en Dios permanece y Dios en él.

¹⁷ En esto ha llegado a su colmo el amor para con nosotros, [tros,

en que tengamos segura confianza en el día del juicio; porque cual es El

tales somos también nosotros en este mundo.

¹⁸ Temor no le hay en el amor; antes el perfecto amor lanza afuera el temor, pues el temor mira al castigo, y quien teme no ha alcanzado la perfección en el amor.

¹⁹ Nosotros amemos, porque El primero nos amó.

²⁰ Si uno dijere: “Amo a Dios”, y aborrece a su hermano, mentiroso es; pues quien no ama a su hermano, a quien ha visto,

a Dios, a quien no ha visto, no le puede amar.

²¹ Y este mandamiento tenemos de El: que quien ama a Dios ame también a su hermano.

“El que cree que Jesús es el Mesías de Dios ha nacido”

¹ Todo el que cree que Jesús es el Mesías, de Dios ha nacido;

y todo el que ama al que engendró, ama también al que ha nacido de él.

² En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amáremos a Dios

y pusiéremos por obra sus mandamientos.

³ Porque éste es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son pesados.

⁴ Pues todo el que ha nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que venció al mundo: nuestra fe.

⁵ ¿Y quién es el que vence al mundo sino quien cree que Jesús es el Hijo de Dios?

“Dios ha testificado acerca de su Hijo”

⁶ Este es el que vino con agua y sangre, Jesús Mesías: no en el agua solamente, sino en el agua y en la sangre.

Y el Espíritu es quien testifica, porque el Espíritu es la verdad.

⁷ Pues tres son los que testifican:

⁸ el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres coinciden en uno.

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

“La diferencia entre estos dos modos de pensar se expresa quizá mejor si nos preguntamos: ¿qué se quiere decir al hablar de un Dios *personal*? El teísmo quiere significar con esta expresión una Persona suprema, un Sujeto existente por sí mismo, de bondad y potencias infinitas...”

”Para la manera de pensar que nosotros buscamos, decir que ‘Dios es personal’ quiere decir que ‘la realidad es personal en su más profundo nivel’, que la personalidad es una importancia *última* en la constitución del universo, y que en las relaciones personales se accede al significado final de la existencia como no puede hacerse en ninguna otra dimensión de la realidad. Creer que Dios es amor quiere decir creer que en la pura relación personal encontramos no sólo lo que habría de ser, sino lo que es la más profunda y exacta verdad sobre la estructura de la realidad. Afirmar esto, frente a toda evidencia, es un enorme acto de fe. Pero no es de ningún modo equivalente a persuadirse de la existencia más allá del mundo de un super-ser que poseyese unas cualidades personales. (*Ibidem*, p. 82.)

⁹ Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque éste es el testimonio de Dios, por cuanto testificó acerca de su Hijo.

¹⁰ Quien cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí.

Quien no cree a Dios, por mentiroso le tiene, por cuanto no ha creído en el testimonio que Dios ha testificado acerca de su Hijo.

¹¹ Y éste es el testimonio:

Que Dios nos dio vida eterna, y esta vida está en su Hijo.

¹² Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida. (.....)

“Guardaos de los ídolos”

²⁰ Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero, y estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo.

Este es el verdadero Dios y vida eterna.

²¹ Hijuelos, guardaos de los ídolos.

II

“Este es el mandamiento, que caminéis en el amor”

¹ El presbítero a la Señora elegida y a sus hijos, a los cuales yo amo en verdad, y no yo solo, sino también todos los que han conocido la verdad,

² por causa de la verdad, que en nosotros permanece y con nosotros estará eternamente.

³ Sea con vosotros gracia, misericordia, paz, de parte de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, en verdad y caridad.

⁴ Me gocé en extremo porque he hallado entre tus hijos quienes caminan en verdad, según recibimos mandamiento de parte del Padre.

⁵ Y ahora te ruego, Señora, no como quien te escribo mandamiento nuevo sino el que tuvimos desde el principio: que nos amemos los unos a los otros.

⁶ Y éste es el amor: que caminemos según sus mandamientos; éste es el mandamiento: que, como oísteis desde el principio, caminéis en el amor.

“No le recibáis en casa ni le digáis ¡Salud!”

⁷ Porque muchos seductores han salido al mundo: los que no confiesan a Jesús como Mesías venido en carne. Esa gente es el seductor y el anticristo.

⁸ Mirad por vosotros, no sea que perdáis lo que trabajasteis, antes bien recibáis pleno galardón.

⁹ Todo el que se aparta y no se mantiene en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que se mantiene en la doctrina, éste tiene al Padre y también al Hijo.

¹⁰ Si alguno viene a nosotros y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa ni le digáis: “¡Salud!”;

¹¹ el que le dice: “¡Salud!”, entra en comunión con sus malas obras.

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

“... hay aquí abajo un camino que lleva a lo trascendente en un mundo sin religión. Y es necesario que el cristiano se encuentre en este ‘camino’ si tiene algo que decir a los que por él andan. En moral, como en toda otra cosa, ‘el secreto de nuestra liberación’ de los fangales del relativismo no es, “una llamada al orden” por parte de la religión, una reafirmación de las prescripciones de lo supranatural. Sino que es ocupar nuestro lugar al lado de los que intentan comprender profundamente *etsi Deus non daretur*’ incluso si Dios no está ‘allí’. Es juntarse con los que, sobre la ruta de Emaús, ya no tienen ninguna religión, y allí, en, con y bajo este encuentro del hombre con el hombre, y este partir nuestro pan común, enfrentarse con el incondicional, como el Cristo de nuestras vidas.” (Ibidem, p. 177.)

UNA NUEVA REVISTA CATOLICA ALEMANA

"NUNC ET SEMPER"

Una revista católica para la Iglesia y el Papado

Editor: Dr. Fritz von Haniel-Niethammer

8311 Tunzenberg (Alemania)

La mejor presentación de esta interesantísima e intrépida revista, es la reproducción del editorial de su primer número.

El nacimiento de esta revista se debe a la comprensión de que vivimos en un tiempo extraordinario, no tanto por las circunstancias externas — todavía la vida transcurre generalmente por sus vías ordinarias — sino por las circunstancias internas, por la situación espiritual en que nos hallamos. Los antiguos principios ordenadores, que han regido la humanidad durante milenios, se están disolviendo en el mundo entero. No sólo las viejas religiones "paganas" son arrastradas a este vacío, sino también las religiones monoteístas, más vecinas a la nuestra, como el Judaísmo y el Islam.

Pero lo que nos toca de más cerca, es la influencia de estas corrientes modernas sobre el Cristianismo y, dentro de él, sobre el Catolicismo — o, hablando más concretamente — sobre la Iglesia Católica Romana. La toma de posición en este sentido es la finalidad de nuestra revista. No tenemos la pretensión de querer "renovar" a la Iglesia, como bastantes progresistas, en su euforismo conciliar, creían poder hacer. Esto sólo lo lograría un santo. A tal respecto, somos bastante prosaicos y escépticos. Ya durante el Concilio han actuado fuerzas, que se habían entregado a un modernismo ponzoñoso. Es a los Padres conciliares conservadores, a las interven-

ciones del Santo Padre Pablo VI, y ciertamente a la acción del Espíritu Santo, que hemos de agradecer que, a pesar de los pesares, todo haya acabado bien. No decimos nada nuevo para los iniciados, sólo que raramente se ha dicho de modo tan claro. Por lo tanto, ya es hora que esto de una vez se haga aquí.

No queremos decir, que el Concilio sólo ha sido un compromiso enojoso. En el Concilio se han planteado problemas flotantes, como, por ejemplo, el ecuménico, que sin duda corresponde a nuestra situación mundial "avanzada", y que hasta ahora no siempre se ha tenido bastante en cuenta. Se ha introducido un movimiento en todo el mundo católico — si para bien o para mal, lo ignoramos todavía, pero que flotaba en el aire — y que, por lo tanto, se debe tener en cuenta. La lucha hace parte de la vida y de la historia, sobre todo cuando se trata de defender las cosas básicas y más santas. Aquí es aplicable la palabra del Señor: "He venido a traer el fuego sobre la tierra, y quiero que arda".

Y esta lucha sigue. No ha acabado con el Concilio. Para los progresistas — qué remedio que llamarlos por este nombre — el Concilio sólo es un "comienzo", un "primer paso" dirigido hacia un desarrollo que prácticamente finalizaría en una maceración de la fe. Las primeras encíclicas post-conciliares del Papa Pablo VI hablan un lenguaje claro en este sentido.

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

"... ¿Y si supusiéramos que los hombres llegan a tener la convicción de que pueden continuar viviendo tranquilamente sin 'religión', sin ningún afán de salvación personal, sin ningún sentido del pecado, sin la menor necesidad de la 'hipótesis Dios'? ¿Ha de limitarse el cristianismo a los que todavía conservan este sentido de su propia insuficiencia, este 'vacío que sólo Dios puede llenar', o a los que pueden ser inducidos a tenerlo? La respuesta de Bonhoeffer era que en nuestro siglo XX, Dios nos llama deliberadamente a una forma de cristianismo que no depende de las premisas de la religión, parecidamente a como San Pablo llamaba a los hombres en el siglo I a una forma de cristianismo que no dependía de la premisa de la circuncisión." (*Ibidem*, p. 47.)

Si queremos ser absolutamente sinceros, bien tenemos que hacernos cargo de que lo que está sucediendo dentro de nuestra Iglesia, es de una profundidad y envergadura tal, que lo debemos considerar como su crisis más grave desde el confucionismo arriano. Pues el Protestantismo se había limitado a determinados países — más bien los nórdicos — y no ha atacado (excepción hecha del Sacramento del Altar) a los misterios básicos de nuestra fe cristiana, mientras que lo que sucede ahora, lo desborda ampliamente. Tiene lugar en la catolicidad entera, desde la América latina hasta las Filipinas; no ataca abiertamente la Iglesia Católica, como lo hizo Lutero de un modo honrado, sino milita en sus propias filas, lenta y cautamente, pero de un modo refinado y dirigido. La idea de apertura al mundo y a los tiempos presentes se recalca tanto, que lo que se refiere a Dios, pasa a un plano secundario.

A ello se añade una ruptura tan radical y sistemática con la tradición, que la referencia a la misma ya no es válida como argumentación. Ahora bien, para evitar malentendidos, no callaremos lo siguiente: no hay nada, que no encierre su granito de verdad. No vamos tan lejos como para afirmar, que todo lo pasado ha sido espléndido y estupendo. Sabemos que la estrechez de mente, la severidad y una autoridad oprimente han gobernado de modo duro y a veces injusto. Algo de este espíritu autoritario se hallaba también en la Iglesia, en su disciplina y su vida de devoción, de modo que se consideraba a las revoluciones — sin tener en cuenta lo que han destruido (“ni Dieu, ni maître”) — como un progreso liberador. Pero nos rebelamos con todas nuestras fuerzas contra el concepto, propuesto hoy por los apóstoles superficiales de lo “eternamente nuevo”, de que todo lo anterior, todo el camino recorrido por nuestra santa Iglesia a través de los siglos, ha sido un camino ensombrecido por una densa superstición, carente de libertad, gobernado por la

violencia y la estrechez de mente — y que es sólo después del Concilio que la Iglesia ha recibido la iluminación del Espíritu Santo, que nos capacita para ver todo en “una luz del todo nueva” y con un discernimiento completamente nuevo. A quien tiene una ligera idea de la intensidad y del fervor religioso de los tiempos pasados y de la profundidad y magnitud de su fe, tales conceptos le causarían risa, si no fuesen para echarse a llorar.

Es verdad que no sólo de la tradición se vive, pero el que cree poder prescindir completamente de ella, es decir, de todo ligazón interior con el pasado, el que cree poder vivir sólo a base de la situación del momento, vive sin cohesión y carece, por lo tanto, también de porvenir. Esto es, en gran escala, la situación actual. Ya no hay ni cima, ni base, ni en el cielo ni en la tierra. Pero, ¿qué es lo que permanece, si el hombre ya no reconoce autoridad superior alguna? No le queda más remedio, que considerarse como el centro a sí mismo y a sus semejantes.

Es lo que el Obispo Graber (Regensburg, Alemania) llama el “hominismo” en nuestra Iglesia, el cual amenaza con un desarrollo tal, que acabaría por convertir el servicio divino en servicio humano (es decir, al hombre). Esta idea es tan espantosa, que casi tenemos reparo en pronunciarla. Pero creo que se deben señalar los peligros y que no es lícito callarlos, precisamente porque son tan horribles. Si además se tiene en cuenta que no se centra de este modo al hombre individual, sino a los hermanos, a todos, a la comunidad, a la colectividad, se plantea la pregunta angustiada, si no están en marcha cosas siniestras, si aquí no se van construyendo puentes espirituales hacia el comunismo, voluntariamente o no, conscientemente o no.

De pareja con esta humanización y secularización del Cristianismo, que atraviesa como un hilo rojo todo el modernismo, va, por añadidura, una socavación de la fe

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

“... El Nuevo Testamento, sigue diciendo Bultmann, presenta la redención en Cristo como un acontecimiento supranatural — como la encarnación de un Ser celeste que, viniendo ‘del otro lado’, entra en la escena terrestre por un nacimiento milagroso, realiza signos y milagros como señal de su origen celestial, y después de una resurrección igualmente milagrosa, vuelve por ascensión a la esfera celeste de la que había venido. Todo este lenguaje, afirma Bultmann, no es en verdad la descripción de ningún hecho supranatural, sino un intento de expresar la profundidad, la dimensión, y la significación reales del acontecimiento *histórico* de Jesucristo. En esta persona y en este acontecimiento hubo algo como final, con un significado incondicional para la vida humana — y esto, trasladado a la visión mitológica del mundo, se hace ‘Dios’ (un Ser de arriba) ‘que envía’ (a ‘este’ mundo) su ‘Hijo’ unigénito. El significado trascendente del acontecimiento histórico es ‘objetivado’ como aparición supranatural.” (*Ibidem*, p. 61-62.)

cristiana, de su gravedad formidable y de su profundidad, debida a la postergación actual del pecado, del sacrificio y de la Cruz — y por lo tanto, de la misma redención, y esto en presencia del mal insospechado que el comunismo sigue acarreado a la humanidad — y sin tener en cuenta la última guerra mundial y la crueldad satánica del “Tercer Reich”.

Aquí entra en escena, para acabar de completar el desastre y la confusión — como en una estrategia infernal — Teilhard de Chardin, *deus ex machina* oportuno con su autorredención evolucionista — sin la Cruz. ¡Desintegración de todas las vías!

El modernismo rechaza la redención por la Cruz — desea y cree en la redención por la ciencia; y aunque el Evangelio entero sea un Cantar de los Cantares de la entrega y de la renuncia, parece haberse olvidado que todo lo grande se engendra por las fuerzas de la renuncia y del sacrificio. Esta huida hedonística del sufrimiento, del sacrificio, del servicio y de la renuncia es la característica más fundamental de nuestro tiempo, en contraste, y en contraste craso, con la idea de sacrificio secularizado del comunismo.

En su lugar, una fe fanática en una especie de redención por los progresos llamativos de la ciencia. La idea de la existencia de algo superior a la ciencia y, a priori, de las posibilidades de su cognición, es insoportable a la mayoría de los hombres modernos. Creo que nada dificulta más al hombre moderno el acceso a la religión que este racionalismo vulgar.

Para completar la confusión — y según el modelo de la supertécnica que nos rodea — hemos hecho nuestra una manera de pensar metafísica adversa al ser, para la cual sólo existe el movimiento, la actividad y el dinamismo. Una manera de pensar, que influye de modo catastrófico en la concepción modernista de los sacramentos y que ha suscitado una encíclica papal rectificadora (“*Mysterium fidei*”).

Si un autor dogmático católico, comentando el antagonismo entre conservadores y progresistas en la pugna teológica actual, emplea la imagen de un automóvil, para ilustrar el juego de las fuerzas, atribuyendo a los conservadores el papel del freno y a los progresistas el del motor, es una prueba palpable del nivel espiritual al cual, hoy en día, ha bajado más de una vez el pensamiento teológico.

Creo que lo expuesto bastará para hacer comprender lo que está en juego, y lo que constituye la finalidad de esta revista. Será, en la titánica lucha espiritual que se está librando dentro de la Iglesia, una tribuna para los que quieren discutir seriamente y que no tienen acceso a las publicaciones católicas actuales. Pues opinamos que no se trata sencillamente de una crisis pasajera, sino de una controversia de dimensión secular.

Va de sí que nuestra contribución no dejará de ser modesta; sólo puede ser un inicio de la gran lucha. Pues es patente que, hasta la fecha, casi todo el que se atreva

a oponerse públicamente al prepotente espíritu moderno del progresismo, ha sido oprimido o silenciado, no sólo por la gran prensa, sino también, y por desgracia, con muy pocas excepciones, por la prensa católica. Si se considera que por cierto no es a los peores católicos ni a los intelectualmente perezosos — como se ha pretendido — a quienes lo que está sucediendo causa grave preocupación, es lícito hablar de una cierta desazón, que se está extendiendo precisamente entre los hijos fieles de la Iglesia.

Es el mérito de *Una Voce* (Berlín), que sabemos tiene representantes en diversos países europeos, el haber luchado, en la cuestión de la lengua litúrgica, por la conservación del antiguo y venerable latín y del canto gregoriano, obedeciendo a las prescripciones conciliares, las cuales debían ser barridas — en oposición al Concilio — por cierta tendencia progresista. *Una Voce* se ha enfrentado con dicha tendencia, a pesar del ghetto espiritual en que nos hallábamos y en que todavía nos hallamos. Es el mérito del “Thomas-Verlag” de Zürich, el haber iniciado, con una serie de publicaciones, la resistencia en una forma más amplia. También la revista “*Der Grosse Ruf*”, del editor Höcht, muerto mientras tanto, ha conservado de un modo prudente, su buena, antigua línea católica. Asimismo, no olvidamos que algunos órganos de la prensa diaria han tenido en cuenta más de una vez nuestro propósito. La conocida revista mensual “*Hochland*” acaba de abrir una parte de sus columnas a la crítica.

En esta lucha, queremos crear con nuestra revista una tribuna a la disposición de todos los que comparten nuestro punto de vista. Quiere brindar a los católicos que piensan y sienten como nosotros — así como a los no católicos simpatizantes — la posibilidad de informarse, de fortalecer y ahondar sus convicciones y de expresarlas mediante cartas al Director.

Se dividirá en 3 partes:

Una parte informativa con noticias correspondientes a nuestro propósito, ante todo publicaciones de la alta jerarquía eclesiástica, especialmente del Papa, que nos puedan servir de referencia. Además, acontecimientos y publicaciones de índole opuesta, procedentes del campo progresista, en contradicción con nuestra postura.

Comunicaciones originales y referatas.

Una tribuna para los lectores que admitirá cartas en uno y otro sentido.

Nuestro título NUNC ET SEMPER quiere expresar tanto el carácter actual como el eterno de la Iglesia, del cual se deriva tanto su ligazón con la tradición como su orientación hacia el porvenir.

Con el subtítulo *Una revista católica para la Iglesia y el Papado* queremos hacer patente nuestra fe católica en la Iglesia, con la mención del Papado queremos recordar el carácter divino de la base de nuestra Iglesia, según las palabras pronunciadas en Cesarea de Filipo: “TU ES PETRUS ET SUPER HANC PETRAN AEDIFICABO ECCLESIAM MEAM”.

LOS DISCOS ROTOS

Creemos que nuestra época, más que ninguna otra, vive espiritual y filosóficamente el *tópico*. Lo traen y lo imponen las características de la era actual, la profusa publicidad escrita y hablada, la difusión instantánea de las noticias y de los comentarios a través del planeta por los medios de comunicación con que contamos.

Lo origina también, hay que confesarlo, la especial pereza e inercia que al hombre moderno impone la plétora de preocupaciones, la rápida sucesión de dioramas en su vida diaria, el ajeteo y torbellino de sus viajes, de sus trabajos, de sus diversiones. No se tiene tiempo para pensar; de consiguiente, este hombre moderno, que ya temperamentalmente no es muy propicio a la meditación, necesita un catecismo de frases prefabricadas, un disco de repetición, como los estudiantes de lenguas vivas, que, con reiteración y monotonía le vaya repitiendo conceptos, a fin de que luego, sin esfuerzo de su intelecto, con un trabajo mínimo, los vaya resurgitando en sus conversaciones o sobre la cuartilla escrita.

El tópico hoy día, es más que una plaga, una necesidad, tal como vamos planteando el asunto. Es el aparato electrodoméstico de la mentalidad del día, y no sólo lo utiliza el hombre corriente, horro de preocupaciones filosóficas e integrado en la masa, sino que también echa a veces mano de él el educador, el periodista y el divulgador que por su papel en la vida, deberían tener la costumbre de pensar con su propio cerebro. Por que si el hombre-masa es explicable y excusable que se alimente de jugos mentales predigeridos, en el hombre-individualidad y el hombre-semáforo que tienen por misión dirigir los rumbos de la opinión, el pecado es sencillamente imperdonable.

El poder de la moda es inexorable y avasallador y no sólo en los vestidos y atuendos femeninos sino también en el atavío de ideas que constituye el esquema filosófico de toda persona que se mueve. Los cerebros se inclinan como las espigas ante el viento de la tendencia del día, sin que entre todas estas espigas emerja un árbol que se niegue a esta marea y que decida utilizar

su propia savia intelectual haciendo una juiciosa selección de materiales para escoger los buenos, los que representan un hallazgo inapreciable y progresivo, y desechar los malos, las filfas filosóficas, los hongos chinos, que se nos sirven como panaceas para todos los males para terminar muy pronto en el pozo del olvido.

Para las personas con un poco de independencia de criterio, he querido escribir éste que sólo es un brevuario de advertencias para desenmascarar los colorines y las bambalinas de los conceptos que se nos presentan como globos hinchados de sorpresas y beneficios, los cuales con sólo un leve pinchazo muestran que únicamente contenían aire.

He seleccionado unas cuantas palabras que hoy parecen tener un sentido sacramental e invulnerable; les he abierto, sin embargo, el vientre y he querido exponer al lector lo que contienen a la luz clara del sentido común y de la sana lógica. Alguno de los tópicos de mi diccionario fueron, como verá el sagaz lector, originariamente conceptos nobles y razonables. Sólo han ingre-

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

“El teísta — dice I. M. Crombie — cree en Dios como en un *ser trascendente*, y G. F. Woods considera que R. W. Hepburn expone la cuestión ‘con concisión y exactitud’ cuando escribe: ‘Hablar de *trascendencia*, pensar Dios como un ser personal, totalmente distinto del hombre y viviendo en majestad — este lenguaje puede muy bien perder de golpe toda significación en último análisis. Y, sin embargo, renunciar a él parecería ponerse fuera del cristianismo.

”Creo que lo que hemos de estar prestos a averiguar es precisamente la identificación del cristianismo — y de la trascendencia — con esta concepción del teísmo. ¿Se sostiene por sí solo el Evangelio, o cae con ella? Y, por el contrario, estoy convencido de que Tillich tiene razón cuando dice que ‘es correcta la protesta del ateísmo contra una tan alta persona’. (*Ibidem*, p. 69.)

sado en la cofradía de las baratijas al apoderarse de ellos los divulgadores de menor cuantía e irradiarlos al viento con la reiteración de magnetófonos o de discos rotos. Esta repetición ensordecedora y macha-

cona ha traído además la adulteración de la idea primitiva, por exageración o por extensión abusiva.

Nadie duda de que las palabras “diálogo”, “caridad”, “justicia social”, etc., encierran un contenido

positivo si se entienden con juicio y se aplican a su tiempo y no masivamente como comodines universales. En estos casos lo que intento satirizar es el uso pleonástico y falsario de estas palabras.

TRIUNFALISMO

Vexilla regis prodeunt!... Así comenzaba uno de los más bellos himnos de la liturgia católica. Hoy no podríamos cantar nada que se refiriera a un estandarte y mucho menos a un rey, sin que importe que este último sea el Rey de la Gloria. Incurriríamos en uno de los pecados más graves que a juicio de muchos catecismos de hoy el cristiano puede cometer. El pecado de *triumfalismo*.

Hemos comenzado nuestro florilegio de discos con esta palabra con quien choca indefectiblemente el lector de las revistas que se llaman a sí mismas “avanzadas”, desde la primera página. ¡Triumfalismo! Grave, gravísimo pecado en verdad. Si usted cree en un Dios omnipotente y justiciero, si cree en la resurrección de la carne, si le gusta la liturgia solemne, el canto gregoriano. Si ama usted las bellas procesiones y romerías; si le agrada que la imagen del Redentor corone nuestros montes y la de su Madre se venere en los valles, es usted un desventurado triumfalista que no marcha al compás de nuestros tiempos.

¿Hay un triumfalismo realmente reprensible Quizás lo hubo. Es posible que allá en el Medioevo, al romper las mesnadas cristianas las cadenas de Miramolin o al reconquistar los Cruzados el sepulcro del Redentor o en las épicas luchas escolásticas de los santos contra los heresiarcas, o al cantar con alborozo las victorias de Mülberg o de Lepanto, muchas almas, infusas en una lógica alegría se hubieran sobrepasado en sus execraciones al vencido, no distinguiendo bien entre la persona en derrota que al fin y al cabo era un ser humano y por ello

merecedor de amor y fraternidad, y el concepto vencido, que era el error y el mal, único que podía y debía ser execrado.

Mas todo esto pertenece al pasado y a la historia, que, como es sabido, si se lee correctamente y no al revés, como es frecuente hacer, nos da ella misma la explicación de muchas cosas que extrañan a nuestra mentalidad. En cualquier forma, hoy difícilmente se puede ser dañino triumfalista, más que otra cosa por falta de triunfos que festejar. En vista de ello, el concepto de “triumfalismo” se ha querido ampliar para incluir en él a todo el que legítimamente tiene a Dios por su Rey y cree sinceramente con San Pablo que si Cristo no ha resucitado, el Cristianismo carece de sentido.

“*Por favor, nada de trinufalismos.*” Esta frase, reiteradamente dicha desde el altar o en la mesa de conferencias o escrita en letras de molde, viene magistralmente glosada en la meritoria obra del P. Roberto Cayuela, “Triumfalismo y Liturgia” (1) que muchos lectores conocerán. Yo no podría decir aquí nada más ni mejor que lo allí dicho. Pero se me ocurre pensar que si, dejando a un lado los excesos del pasado ya aludidos el cristiano de hoy no puede festejar el triunfo de su Dios o de su Redentor, la fe no tiene fundamento. Los Libros Sagrados, que no tenemos noticia de que estén caducados, están, como poemas que son en su mayoría, cuajados de cánticos triunfales, unos proféticos y otros referentes a hechos históricos. Si *nada de trinufalismos* ¿qué hacemos con las promesas del Génesis

que hablan de un futuro vencedor del Mal y dicen que la Mujer quebrantará la cabeza de la serpiente? Nos parece ver a esa serpiente asomar bajo las plantas de María y decirnos oscilando su lengua bífida: “Nada de trinufalismos, por favor”.

Y qué hacemos de los salmos, escritos por aquel gran poeta triunfal y monarca triunfador que fue David? *Atollite portas, principes vestras! et introibit Rex Gloríae... o Sede a dextris meis donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum o Laudate pueri, Dominum... etc., etc.*

¿Qué hacemos con la realeza de Jesús cuando él mismo la sostiene ante Pilatos? ¿Qué hacemos del *Magnificat* de María Nazarena? Tal vez esta señora fue también una triumfalista. ¿Qué hacemos, en fin, con las Epístolas, todas las cuales nos hablan del reino de Cristo? Y sobre todo ¿qué hacemos del Apocalipsis, el libro triunfal y triumfalista por excelencia?

De fijo, si nos ponemos a tachar en la lista de los libros santos todos aquellos en que aparecen frases triunfales, nos quedamos sin ninguno o solamente con el de los *Números*. Y ni aun tampoco, porque todo lo que sea contabilizar es pecado triumfalista según los entendidos. Conventría que estos últimos que estampillan de triumfalista al más pintado, confeccionaran unas nuevas escrituras humildes y modestas, donde se diga que Jehová es un ciudadano particular lo mismo que nosotros y Cristo un iluso que se creyó profeta y como tal vaticinó triunfos que nunca han llegado.

Lo más notable del caso es que precisamente aquellas personas que tienen en todo momento lista la palabra *triumfalismo* para aplicarla a los demás, incurrir en el mismo defecto a cada momento. Recordemos el caso de un conocido dirigente de Acción Católica que colabora asiduamente en una revista eminentemente *triumfal* al menos por su título. Este escritor, cuando en las últimas sesiones del Concilio se aprobó el esquema de Libertad religiosa, del cual sus correligionarios quisieron hacer siempre una bandera, redactó y quedó publicado en gran

número de periódicos de España un famoso artículo que todo él era un cántico triunfal sobre sus *enemigos*, cántico que no hubiera mejorado la misma Débora. Nada más auténticamente triunfalista que este verdadero *trágala* concebido y hecho público por un pensador para quien el triunfalismo es gravísimo pecado.

Todavía otro ejemplo del más lamentable de los triunfalismos, me lo dio a mí mismo una conocida y antiguamente acreditada revista católica, hoy totalmente renovada en lo bueno y en lo muy mediano, cuando al lamentar algunos de los excesos

de esta parte mediana de su renovación se me contestó esto: "La revista tiene ciento treinta mil suscriptores y usted es solo uno de ellos: si no le gusta, elabore usted otra". Esto, amigos, es *triumfalismo* del malo. Es decir, desprecio olímpico al hermano que opina de distinta manera, diti-rambo a la propia victoria, lanza y banderola hincada en la espalda del enemigo vencido.

Pero de este triunfalismo no se habla, porque, cosa curiosa que han de observar los lectores de esta obrita: todos los tópicos son unidireccionales.

DIALOGO

Un concepto puede ser justo y santo y la palabra o término que lo tarduce al lenguaje constituir un tópico manido la mayoría de las veces, por haberse apoderado de ella personas que lo manejan a ciegas, o a tontas y a locas, o con más o menos consciente falta de buena fe. Esto es lo que ocurre con el *diálogo*, quizá el vocablo más utilizado hoy día en los medios político-religiosos, pero pocas veces con pleno conocimiento y expresión de su contenido auténtico.

El diálogo es quizá el más hermoso hallazgo de la legítima renovación

de nuestros días, cristalizada en el XXI Concilio Ecuménico. El diálogo bien entendido, sincero, pleno de caridad y, recalquémoslo, *irradiante*, esto es, actuando en todas direcciones, ha de ser el primer paso hacia una unidad que no será ni conviene que lo sea, rígida y monolítica, sino, dentro de límites tolerables, dúctil y flexible; es decir, una que sea, como la clásica definición de la belleza, unidad en la armonía.

En la encíclica "Ecclesiam suam" Paulo VI delineó en forma magistral el esquema del diálogo, correcta y cristianamente entendido. Claridad,

afabilidad, confianza y prudencia, son las cuatro disposiciones que el Papa establecía como necesarias para dialogar. En el mismo documento se definía igualmente este diálogo como una conversación con el mundo; bien entendido, con el *mundo* en minúscula; es decir, no con lo que tradicionalmente se venía entendiendo por Mundo, uno de los tres enemigos del alma. Mundo aquel en el que estamos todos, grandes y chicos, buenos y malos, cristianos y no cristianos, creyentes y ateos. El Diálogo, pues, correctamente definido, es el instrumento de trabajo del

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

"... El verdadero ateo — escribe Feuerbach — no es el hombre que niega a Dios, el sujeto; sino el hombre para el cual los atributos de la divinidad como son amor, sabiduría y justicia, no son nada. La negación del sujeto no implica necesariamente, ni mucho menos, la negación de los atributos'. He aquí una posición muy cercana a la que hemos adoptado; y Bultmann, en respuesta a un desafío de Karl Barth ha dicho: 'Quisiera estar completamente de acuerdo: *estoy* intentando sustituir la teología por la antropología, pues interpreto las afirmaciones teológicas como afirmaciones sobre la vida humana'.

"Hemos llegado a un terreno muy peligroso. Pues, cuando Feuerbach dice que 'la teología no es más que antropología', de hecho quiere decir que 'el conocimiento de Dios no es más que el conocimiento del hombre'. Y la consecuencia lógica de su pensamiento está en la deificación del hombre, la cual desemboca en el superhombre de Nietzsche y en la religión de la Humanidad de Augusto Comte." (*Ibidem*, 83-84.)

apóstol moderno, entendiendo por apóstol a todo católico que, por definición y por mandato de Cristo tiene una misión de apostolado.

Ahora bien: ¿cómo está entendiendo la gente — mucha parte de la gente — este diálogo tan clara y comprensivamente explicado por el Pontífice? Casi casi, al revés en todo.

Para empezar, bastantes dialogantes de hoy, faltan a la primera condición del diálogo: la claridad. Lo que exponen al público comentario es más bien pura confusión, si es que la confusión puede alguna vez apellidarse pura. Tampoco hay afabilidad en ese diálogo. Mejor dicho, hay una afabilidad unidireccional. Porque para con algunos de los enemigos de la fe cristiana, lo sean activa o pasivamente, todas las palabras se hacen miel. Pero para otros, sean enemigos, sean — y esto es lo más grave — amigos, se guardan las diatribas más violentas y los más sarcásticos adjetivos. En cuanto a la *Prudencia*, otra de las esenciales condiciones del Diálogo, es hoy día para muchos una virtud abolida totalmente; y a veces, además de abolida, escarneada. Esto he leído recientemente a un conocido publicista y sacerdote: “Sed más bien imprudentes, porque imprudentes fueron Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Marx, Lenin y Cristo”. Ni más ni menos. Así se escribe hoy día, con total desprecio de la prudencia, a la que se ultraja dos veces: al hablar y en lo que se habla.

Leamos lo que dicen los libros y revistas que tienen el *Diálogo* a punta de lengua hasta en su título. En ellos encontraremos cualquier cosa, menos diálogo. Para algunos, diálogo es sencillamente desbocarse en una sola dirección, hablar el mismo lenguaje que hasta ahora emplearon los que peor nos quieren. Repetir, so pretexto de aprovechar “lo bueno” de ellos, todos sus sofismas, todos sus exabruptos, todas sus calumnias y burdos errores. Utilizar lo bueno, lo mediano, lo malo y lo pésimo. En cambio, guardar las más envenenadas invectivas contra los auténticos y verdaderos hermanos que tienen la desgracia de no comulgar exactamente con su modo de pensar. La Caridad, condición ineludible del Diálogo, sólo se muestra en una dirección: en la otra, no hay caridad, sino malas palabras u ofensivo silencio. Y si esa otra intenta defenderse y cae en la lógica tentación de hablar con el mismo lenguaje, entonces se desploma sobre ella el anatema de la falta de caridad. Como se ve, dialogar es para algunos muy sencillo.

El Diálogo se falsea y se convierte, de concepto recomendable en tópico ignaro cuando, además de esta tergiversación cualitativa que venimos denunciando, se ignora el contenido semántico de la palabra. *Diálogo* en griego es “conversación de dos” y ha pasado al español con el mismo significado. Para algunos, en cambio, es conversación de uno solo.

Ejemplos a miles. Vaya uno solo. Una revista que publicaba de antiguo cierta orden religiosa, cambió de dirección. Al frente de ella se puso un religioso joven, dinámico y audaz, cargado de aptitudes y quizás de buenas intenciones, pero carente de la más elemental discreción. En su primer artículo escribe esto: “Señores: se acabó la revista-monólogo y empieza la revista diálogo”. La intención buenísima, pero la realidad fue esta: se acabó la revista monólogo suave y bisbiseante y empezó otra revista más monológica que la anterior, pero vocinglera, temeraria y despreciativa. La clásica vuelta a la tortilla tan cara a nuestro país. La verdad es que la revista inserta ostentosamente una sección de “cartas al director”. Pero en ella sólo salen las que el Director quiere, que son generalmente las que aplauden su labor entusiásticamente y para dar una nota de “sinceridad” alguna que por opinión contraria que por su violencia o su redacción sólo puede desacreditar a quien la escribe. Cartas de disonancia escritas por intelectuales cargadas de razones diáfanas expuestas, van al cesto sin contemplaciones: *Revista-diálogo*.

Así es como una providencia sana y santa, una directriz noble y humana se convierte en un tópico manido, croante y desacreditado.

CARLOS A. CALLEJO

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

“La cristología tradicional siempre ha hecho uso de un esquema francamente supranaturalista. La religión popular lo ha expresado de una forma mitológica, mientras que la teología profesional lo ha hecho de una forma metafísica. Según esta forma de pensar, la encarnación significa que Dios Hijo bajó a la tierra, nació, vivió y murió en este mundo como un hombre. Desde ‘fuera’ se dignó entrar en la escena humana alguien que ‘no pertenecía a ella’ y, sin embargo, vivió en ella verdaderamente toda una vida. Como Hombre-Dios unía en su persona lo sobrenatural y lo natural: y el problema que entonces se suscita a la cristología es el de comprender cómo Jesús puede ser plenamente Dios y plenamente hombre, siendo al mismo tiempo una sola persona.” (*Ibidem*, p. 103-104.)

LA DOCTRINA DE LA CRUZ SEGUN EL EVANGELIO

El Divino Maestro nos enseñó su doctrina sobre la Cruz, no como una especulación o una teoría, sino como una enseñanza práctica, eminentemente práctica; ni tan sólo como cosa de consejo o de perfección, sino como la sustancia misma de su Evangelio, la enseñanza sin la cual ni se entienden ni se pueden poner por obra sus demás enseñanzas.

Por eso, después de hacernos entender lo que significa la palabra "Cruz", y lo que hemos de ver incluido y comprendido en las expresiones de que se vale, en esta su doctrina: tomar nosotros la Cruz, llevar su Cruz, seguirle con su Cruz, nos propone los motivos más poderosos y eficaces para que pongamos en práctica sus enseñanzas sobre la Cruz; y nos exhorta, con esos mismos motivos, a esta práctica, como la ley fundamental de la vida cristiana.

Hemos declarado la primera parte; vengamos a la segunda.

Ante todo, para inducirnos el Divino Salvador a que llevemos voluntariamente nuestras cruces, mejor aún, la de Él mismo, aceptando el sufrimiento de cualquier clase que sea, en la forma explicada en el artículo anterior, nos propone el motivo convincente y eficaz de su necesidad. Es necesario llevar la Cruz; y esta necesidad afecta a todos sin distinción. El Salvador se refiere a todos en general, universalmente, cuando nos dio la doctrina de la Cruz, y nos mostró por qué la hemos de llevar. He aquí la causa de haber Jesús convocado a todos a oír esta su doctrina; no tan sólo a sus doce apóstoles, ni aun a solos sus discípulos, sino también al pueblo; he aquí por qué habla a todos, y dirige a todos sus enseñanzas: porque llevar la Cruz es necesario para todos.

Mas esta necesidad general de llevar la Cruz, no se limita Jesús a proponérsela en términos generales, sino en términos muy concretos; pues nos la desarrolla con tres explicaciones, en las cuales hemos de ver todo su pensamiento y todo el alcance de por qué nos dice que llevar la Cruz es cosa necesaria.

Es admirable y de una soberana pedagogía la manera como Jesús desarrolla, desenvuelve, desentraña todo el significado de dicha necesidad de llevar la Cruz; pues nos presenta esta necesidad respecto de tres objetivos; nos dice que es condición necesaria, medio necesario para conseguir tres grandes fines.

Pero en cada una de estas tres explicaciones, al enseñarnos Jesús que llevar la Cruz es condición y medio necesario para lograr cada uno de esos tres grandes fines, añade un triple motivo, que completa muy eficazmente el motivo de la necesidad. Veámoslo.

1.º Ante todo, llevar la Cruz, en el sentido expuesto anteriormente, en el artículo II sobre esta doctrina, es

medio necesario, es condición indispensable para ser discípulos de Cristo, en cualquier grado que esto sea. Lo dice paladinamente, de la manera más categórica y absoluta: "El que quiera ser mi discípulo, que tome su Cruz". Sin esto, no hay conformidad posible, ni interior ni exterior, entre la vida, el espíritu y la condición o suerte del discípulo, y la vida, el espíritu y la condición o suerte del Maestro (Mt., 16, 24; Mc., 8, 34; Lc., 9, 23). Así que ser discípulos de Cristo es seguir a Él, y seguirle con la Cruz, con su Cruz; lo cual equivale a imitarle a Él, ya sea en el cumplimiento de lo que es obligatorio en la vida cristiana, a fin de evitar el pecado grave, y practicar la voluntad divina en lo que es de precepto; ya, para los que se animen a más, en el cumplimiento de lo que es perfecto en el Evangelio. Es decir, llevar la Cruz es medio necesario para la santidad cristiana, en lo que es esencial, vivir en gracia de Dios; y para la santidad cristiana en lo que es de consejo y de perfección. De un modo especial para la santidad apostólica; es decir para todos aquellos que, sean sacerdotes, sean laicos, no contentándose con vivir en gracia de Dios, y con practicar las virtudes cristianas, aun en su grado superior, conforme a la perfección de los consejos evangélicos, se dedican a la vida de apostolado en bien de sus hermanos. Y esto, y para todos, hasta la muerte, a pesar de todos los sufrimientos y contrariedades, trabajos y penas, que, seguramente, no dejará de suscitarnos una tan fiel imitación de Cristo; y más si ha de ser imitación, no tan sólo fiel, sino del todo generosa.

Tras esta primera explicación, o aplicación concreta de la necesidad que tenemos de llevar la Cruz, es decir, para ser discípulos verdaderos de Cristo, nos da Él, como lo hará en las otras dos explicaciones, un nuevo motivo, que es en realidad muy excelente y sumamente poderoso: el de su ejemplo. Nos ha precedido Él; y Él no necesitaba en forma alguna abrazar y sobrellevar tanto sufrimiento. Fue todo para nuestro bien; para redimirnos y salvarnos. Y fueron sufrimientos gravísimos sobre toda ponderación, en toda clase de penas y dolores, y en toda clase de humillaciones. ¡Cuán grande y eficaz es este motivo del ejemplo de Cristo, si comparamos lo que nos supone o puede suponernos a nosotros esta invitación de Él a llevar la Cruz, con la Cruz que el Salvador quiso llevar, y sobre la cual quiso morir! La Cruz, especie de horca o patíbulo, destinado a ajusticiar a los mayores criminales, era un suplicio usado por los judíos, y representaba el colmo, lo sumo del dolor y de la ignominia (Deut., 21, 52). También la usaban los romanos; y de ella decía Cicerón: "ultimum teterrimumque supplicium": el último y el más horrendo de los suplicios.

Mas, ¿qué le movió a Cristo a ser "el Crucificado", y

a vivir, como vivió, una vida que toda ella fue Cruz y martirio? Tan sólo el amor; amor inmenso al Padre Celestial, que le llevó a aceptar de manos de Él la Cruz redentora; y amor inefable a nosotros todos, sus hermanos. En todo el Evangelio nos ofreció su divina revelación y nuestra eterna salvación; pero nos lo ofreció todo con maravillosa efusión de amor, a manos llenas, y a costa de sus más grandes y penosos sacrificios. ¡Qué motivo el de su amor para que correspondiéndole con nuestro amor, que lleva por la imitación a la semejanza, participemos de lo que Él por nuestro amor aceptó y abrazó!

2.º En segundo lugar, llevar la Cruz es condición, medio necesario para salvarnos, para conseguir nuestra eterna salvación, para llegar al logro del último fin sobrenatural, que Dios, nuestro Padre, en su inmensa bondad, nos ha designado y nos ha dado a nosotros, sus hijos. Nuestra alma y su salvación: he aquí lo que más nos importa; salvarnos es llegar al bien por excelencia; es vernos libres del mayor de los males, y es alcanzar el mayor de los bienes. Por eso, el Salvador, dando a sus palabras una gran plenitud de sentido, usa indistintamente de las dos expresiones "alma" y "vida". Y nos dice que ni el mundo entero, ni otro bien cualquiera, aunque su pérdida sea irreparable en cierto modo, como es la muerte corporal, en que se pierde, aunque no para siempre, la vida del cuerpo, son comparables con el alma, con la verdadera vida del alma, con la eterna salvación (Mt., 16, 23-26; Mc., 8, 35-37; Lc., 9, 24, 25). Ahora bien: no es posible salvar nuestra alma, si no estamos dispuestos a sacrificar aun la vida de nuestro cuerpo; pues preservar la vida de nuestro cuerpo, renunciando o negando a Jesucristo, es perder la vida del alma; mientras que sacrificar la vida del cuerpo por Cristo, es asegurar la vida y la salvación del alma; como Jesús lo asevera tan firmemente en los pasajes citados.

Y, en general, para poseer a Dios eternamente, es necesario amarle y servirle y en esta peregrinación de la vida presente; pero este amor y este servicio sin reservas, tienen por condición necesaria e indispensable, a lo menos el desasimiento del corazón de las cosas de la tierra; y en muchos casos llevar la cruz de penosos sacrificios.

Como motivo que complementa eficazmente éste de la necesidad de llevar la Cruz para alcanzar la eterna salvación, Jesús nos presenta la grandeza de los bienes inmortales, de las dichas eternas que reciben y disfrutan para siempre en la Patria bienaventurada los que se salvan por el único camino, que es el de la Cruz. También éste es muy fuerte y poderoso motivo; y nos mueve a llevar la Cruz con los grandes ánimos y con el encendido amor que nos infunde el ejemplo de Cristo, con la gracia que el mismo Cristo nos mereció por su Cruz. Y así es que cuanto más nos acercamos a Cristo, cuanto más penetramos sus enseñanzas, sus ejemplos y su obra, tanto más comprendemos el misterio de la Cruz, y nos esforzamos para seguirle a Él participando de la Cruz de Él. A lo cual nos ayuda eficazmente contemplar en el Evangelio la grandeza del cielo, la magnificencia de los bienes eternos,

que Cristo promete a los que le siguen por el camino de la Cruz. Y esto nos lleva como de la mano a considerar la tercera explicación o desarrollo que Cristo nos da sobre la necesidad de llevar la Cruz.

3.º Finalmente, llevar la Cruz es una condición y medio necesario para que seamos partícipes del Reino de Cristo y de su gloria. Esta gloria es cierta, certísima, dice Jesús; y será gloria grande y magnífica, porque en ella se revelará el Salvador como Rey eterno y Señor universal, Señor del cielo y de la gloria; la cual, tras la preparación del Reino de Cristo en la tierra, o sea su Iglesia militante, comenzará en todo su esplendor cuando el último día aparecerá Cristo en su propia magnificencia y en la gloria del Padre y de sus Santos Ángeles (Mt., 16, 27; Mc., 8, 32; Lc., 9, 26). Ahora bien, cada cual participará de esta gloria según sus obras, según la participación que cada uno haya tenido en la Cruz de Cristo (Mt., 16, 27). Porque, "quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del Hombre, cuando venga en el esplendor de su majestad, y en la gloria del Padre y de sus Ángeles" (Mc., 8, 38; Lc., 9, 26).

Y a esta necesidad de llevar la Cruz para participar de la gloria y del Reino de Cristo, añade Él el motivo complementario de las inmensas ventajas, bienes y felicidad plenísima que se comprenden en esa participación dichosa.

Y es digno de notarse con particular atención el hecho de que el Salvador insiste tanto en la recompensa; lo hace con significativa insistencia. Y ello nos demuestra la gran verdad de que el sufrimiento, la Cruz no es el fin, sino un medio, el medio, la condición; necesaria, sí; pero tan sólo medio y condición: "Por la Cruz, a la Luz".

Conclusión. — En las enseñanzas de Jesús a sus Apóstoles, en particular a Pedro, que precedieron a las que les dio a ellos, y juntamente a sus demás discípulos y a la muchedumbre del pueblo, y en estas mismas enseñanzas universales para todos, tenemos una revelación completa de la doctrina de la Cruz. Vemos claramente en qué consiste la Cruz; y qué significa, comprende y requiere el llevarla nosotros. Vemos qué hemos de pensar y sentir respecto de la Cruz; qué idea nos hemos de formar de ella; y cómo hemos de llevar a la práctica lo que entendemos y sentimos de la Cruz. Los más eficaces y decisivos motivos para poner nosotros por obra, con la gracia divina, la doctrina de la Cruz, nos los ha expuesto con diáfana claridad el Divino Maestro.

¿Qué responden a esto los hombres?; ¿qué hemos de responder nosotros?

Hay cuatro maneras de proceder respecto de la Cruz: 1) unos, al sobrevénirles una cruz, cualquiera que sea, la rechazan, se la sacuden; 2) otros la toman, pero como arrastrándola, a más no poder, porque no hay más remedio; 3) otros la toman aceptándola voluntariamente; la cogen del suelo y se la ponen en las espaldas; es decir, la llevan con paciencia y resignación cristiana; 4) y otros, finalmente, la toman de la espalda, y se la ponen en el corazón.

Así vivió Jesús: con la Cruz en su Corazón; es decir, Cruz amada, Cruz querida; y no por lo que ella era en sí misma, ya que de sí la Cruz, con todo lo que ella significaba y representaba, le era a Jesús, naturalmente hablando, sumamente repulsiva; sino porque ella era la expresión de la voluntad del Padre Celestial, y porque por ella, abrazada con obediencia hasta la muerte, nos había de

mostrar su inmenso amor, y salvarnos. Así es como la Iglesia nos propone y nos recomienda como síntesis de la Religión cristiana y como forma completa de vida perfecta, el Culto y Devoción al Sagrado Corazón de Nuestro Redentor: el Corazón de Cristo, patente sobre su pecho, con la Cruz en medio de Él.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

III

EUROPA, EN 1914, ANTE LA GRAN GUERRA

Patria = Nación. — El Moloch de las épocas modernas

Tan excesivo es el pretender elevarse, demasiado remotamente, a los primeros orígenes históricos — lo que a veces llamamos noche de los tiempos — de las grandes Épocas y Fechas, como lo sería el olvidarlas ligeramente. Ocurrirse citar, a cada momento, dos mil años de historia, es, evidentemente, pedantería; pero no por temor de incurrir en esta debilidad hemos de olvidar los orígenes históricos, por remotos que sean, cuando de una Coyuntura trascendental se trata.

Para nuestro viejo Continente no es excesivo, pues, el remontarse a sus dos milenios; no lo olvidemos, aun cuando comencemos situándonos en 1914. Ni lo olvidaremos en los próximos artículos, consagrados, cada uno de ellos, a una de las grandes Potencias de entonces.

Dediquemos hoy este artículo a orientar al lector relativamente a la situación geográfica, política y militar de aquéllas, al finalizar el largo período de “equilibrio” por lo menos teórico, que se registró en Europa desde 1870 a 1914. Sea, pues, éste uno como artículo preparatorio preliminar.

El lector conoce bien todo el proceso de liquidación de la antigua Europa medieval, casi imperial y corporativa, a través de las grandes Etapas del Renacimiento, de la Reforma, del “Ancien Régime” (Absolutismos reales), y, en fin, de la Revolución.

Esta trajo, como consecuencia directa, la magnificación excesiva del concepto de Patria, reducido como había estado en el Medioevo a sus justos y racionales límites, para ir convirtiéndose luego poco a poco en un monstruoso ídolo, el Moloch de los tiempos modernos.

Del trilema Dios, Patria, Rey, el segundo término, ilegítima y hasta blasfemamente a veces, se coloca en primer lugar, como si constituyese el supremo bien, el único indiscutido. ¡Indiscutible la Patria, cuando tanto se ha ofendido a Dios y tanto se ha despreciado al Trono! ¿Es que la Patria es más que Aquél? ¿Es que goza de un privilegio monstruoso cuando ella sola es el único Ente a quien nadie osa discutir?

He aquí un fenómeno raras veces estudiado. Ha sido tal la impronta de la Revolución, entronizadora por encima de todo del concepto de Patria — contra lo que se cree —, propagadora del patriotismo que no es más que la expresión más auténtica del liberalismo, que todo aquello que no sea considerar a la Patria como algo supremo es tenido por anatema.

Conflicto entre la patria y el rey

No se ha atinado, tampoco, en reparar que, en el siglo xviii y en el xix estalla el conflicto entre la Patria y el Rey, hasta ser uno y otro — contra lo que se cree — de hecho incompatibles. Dura parecerá esta aseveración a muchos. Pero la mantenemos. La Patria se levantó contra los Reyes. No en vano, en castellano, la palabra “patriota” es un galicismo que deriva de la denominación que adoptaron los “sans culotte”. Fue en nombre de la patria que se guillotizó a Luis XVI; es en nombre de la misma que se derriban los tronos. El canto más simbólico y típico del patriotismo, el “Allons enfants de la Patrie...”, es, asimismo, el símbolo más conspicuo de las Revoluciones.

En España, igualmente, desde las Cortes de Cádiz, to-

das las constituciones y todas las algaradas se ejecutan por los patriotas. Y, bajo la ilusión de la futura unidad de la patria italiana o alemana se barren innúmeros tronos y se abaten doseles de reyes, príncipes, electores, grandes ducados o condados. Por un fetichismo inexplicable, nadie — como antes hemos remarcado — ha osado nunca discutir la Patria, cuando se ha osado discutir algo más alto que ella, como si se hallase — y durante dos siglos ha sido así, y en su holocausto han quemado las grandes Guerras y se han levantado pirámides de muertos — por encima del Bien y del Mal. Y como si todo crimen en su honor y servicio (que tal es la política, sobre todo la de las grandes Potencias) fuese legítimo y lícito. ¿No se han llamado mártires (mártires, de qué) a los de uno y otro bando, caídos en el Marne o en los lagos Mansurianos, o en el Caporetto cómico-trágico?

La patria abusa. Se deifica a sí misma, convirtiéndose en nación

Las grandes guerras napoleónicas, que extienden y popularizan la Revolución, hicieron desaparecer muchos viejos y sanos conceptos de Estados para entronizar la Patria. Que presto olvidó sus dulces y eternas esencias para adoptar esta evolución hacia el nacionalismo. El Nacionalismo, que no es más que la quinta esencia del orgullo humano, que la más perfecta expresión del Liberalismo puro, una vez éste dueño de Europa.

Porque el hombre, a pesar de este su orgullo, es poca cosa. Y, al no querer contar con Dios, cae en los ídolos. Y el que tiene más cerca suyo, y más fácil de ver, es la Patria-Nación. El Liberalismo, al buscar el orgullo de “clan”, usó y abusó de la Patria, a la que hizo su juguete, haciéndola creer — como la serpiente a Eva — que ella sería, igualmente, una diosa. ¡Tan poca cosa es el hombre! Que tiene que divinizar lo que halla más próximo a él, con tal de aumentar su propia estatura. En el fondo, el patriotismo que diviniza una Francia, no es más respetable que el que diviniza al clan, que la ridícula política que llamamos de “campanario”. Todo es, si se examina con ojos cristianos y racionales, igualmente grotesco. Es como bien dijo un día Pemán, el hombre, que en su orgullo se siente solo, el que inventó esta gran cosa que se ha llamado Nación.

Tal fue el origen de lo que llamamos Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, Italia. Cuanta menos religión, cuanto más soberbia, más patriotismo. Veámoslo en Inglaterra, en la Alemania nazi, en la Francia chauvinista, siempre agresoras en nombre de los “enfants de la Patrie”.

Inglaterra, ebria con tres siglos de no conocer derrota alguna, rica en aquel carbón que durante los mismos centenios era la mayor fuente de riqueza y de poder, amparada en su insularidad que la hacía dueña de las rutas del mar (que entonces era como decir las del mundo), sentía, hacia todo cuanto no fuese britano, un inconsciente e invencible desprecio. Para él, la mundial hege-

monía, “Britain, rule the waves!”, era algo así como un derecho natural.

Francia, centro mundial de la máxima cultura, receptáculo preferido de todos los bienes (morales y materiales) que la Providencia le había deparado como especial predestinada, caía, por su soberbia, en el mismo pecado, el “chauvinismo” más exagerado. Ser buen francés, quería decir odiar a muerte al alemán. Jamás pensó Francia en que, si recibía tan incomparables bienes de la Providencia, era para hacerlos participar a otros pueblos, como su hermana mayor.

Pero con el mismo derecho que los franceses adoraban a Francia hecha ídolo, y le sacrificaban vidas propias y ajenas — en el fondo, la diosa Francia y la diosa Razón de Robespierre confluyen —, la juventud alemana, con el mismo derecho, ya desde Goethe y desde Schiller, desde Scharnhorst y desde Gneisenau, aprendió a adorar a su propia diosa(a Alemania, que había de manifestarse — furor teutonicus — el más tremendo Moloch de todos los tiempos, y debía acarrear la destrucción de medio mundo. Cuando no se busca a un Dios y se tienen varios dioses, es frecuente que éstos guerreen entre ellos. “Deutschland über alles!”).

Y Rusia, sea con zares, sea con proletarios, era — y nos atrevemos a decir aun ahora lo es — la “Santa Rusia”, cuyos cosacos pisaban y azotaban las tierras todas, propias y extrañas, que se extienden desde Polonia hasta el Pacífico.

E Italia, con su fatigada y azarosa unidad...

Y la propia Austria — en la época a que nos referimos, Austria-Hungría — aun y siendo la mejor y más pacífica, incluso patriarcal, había de ser la piedra que motivase la Gran Contienda.

Finieron las guerras napoleónicas, y comenzó la Restauración. Que, en cierto modo, es la misma esencia del siglo XIX, el cual, como hemos proclamado en nuestro anterior artículo, ha durado hasta 1914.

Rivalidad anglo-rusa. Anglo-francesa. Anglo-alemana. Siempre anglo

Fondo del siglo XIX, y durante cuarenta años después de Napoleón, motor entre bastidores, de cuanto se representaba en la escena, era la rivalidad anglo-rusa por el dominio universal, personificado entonces en la inmensa Asia.

Desde este prisma, fácilmente se contemplan las etapas. Toda la larga Cuestión de Oriente, con la Decadencia del Imperio Otomano, independencia de Grecia, instauración de los Orleans en Francia, Revolución del 1848 e instauración del II Imperio francés, con la guerra de Crimea anglo-franco-rusa, viene agitada por el dualismo eslavo-británico.

Siguen luego unos años de rivalidad anglo-francesa para el dominio del mundo. Bajo la protección inglesa se produce la unidad italiana, y, sobre todo, la alemana, que humilla a Francia y la detiene momentáneamente.

Pero Francia renace a su modo, y mientras Alemania crece (pero bajo la prudencia de Bismarck sabe detenerse por el momento en su fortalecimiento interior), el dualismo franco-inglés para el "reparto de África" de nuevo inquieta al mundo. Pese a la paz de la época Victoriana, resurge la cuestión Oriental en el Congreso de Berlín, y los incidentes africanos abundan hasta culminar en Fachoda.

Pero la rivalidad anglo-francesa, como antaño la anglo-rusa, cede ante otra mayor: la última rivalidad, la anglo-alemana, meollo de la I Gran Guerra Mundial. Alemania se erige en potencia continental hegemónica, mucho más peligrosa que lo había sido Rusia y quizá la propia Francia. Inglaterra se ve obligada, al fin, a abandonar su "espléndido aislamiento" para bajar a pelear en la arena. Ya no puede encargar a terceros el abatir a su rival. Éste es demasiado poderoso, y con apetencias universales. Es el orgullo alemán, que más tarde será aún más que patriota: racista. Es una potencia militar jamás vista (dos veces ella desafiará a todo el mundo coaligado, y serán menester más de treinta pueblos unidos para vencerla). Y este II Imperio alemán, popularmente conocido por "el del Kaiser", o, mejor dicho, la rivalidad existente entre él y la insular Albión, es la que vuelve a servir de telón de fondo a todas las cuestiones de la época de la pre-Guerra: como la contienda ruso-japonesa que prepara la entronización del primer gran imperio oriental de la época Contemporánea, y como las guerras balcánicas de 1911 a 1913.

La alineación europea de potencias antes de 1914

Todo ello ha originado, en 1914, la alineación, en Europa, de dos grandes bandos, el uno la Tríplex, o Triple Alianza, y el otro la "Entente". Para acabar llamándose, durante la gran Contienda, Imperios Centrales el primero, y los Aliados el segundo. El primero de ellos constituido por Alemania, Austria-Hungría e Italia. El segundo por Francia, Rusia e Inglaterra.

Esta alineación, en 1914, era ya solamente teórica. Italia, en efecto, se hallaba presta a dar una "voltaface" pasándose al lado de la "Entente". Ya, al estallar el conflicto de 1914, halló fácil pretexto: el de ser oficialmente, Alemania la agresora, lo que no le obligaba. Así permaneció neutral para alinearse con los Aliados en 1915, en aras de sus apetencias de hacerse con las provincias "irredentas" de Austria.

Tenemos pues a Europa dividida, en 1914, en estos dos grandes campos: Imperios Centrales y Aliados.

Amenazas ya apocalípticas

Actualmente, en 1967, al escribir estas líneas, vemos, sobre todo de parte de la juventud que no ha podido conocer aquellos años, cierta tendencia, ante los actuales ar-

mamentos, a minimizar los de 1914. Empero, si se tiene suficiente serenidad para no dejarse arrastrar por esta impresión, no puede menos que admirarse la grandeza, ya casi apocalíptica, de la I Gran Contienda entonces iniciada.

No en vano fue el primer choque totalmente mundial de la Historia. Porque en él, al fin, había de decir su última palabra un nuevo y casi inesperado poder, llamado a ser la mayor Potencia de todos los tiempos, hasta ahora. Los Estados Unidos de América del Norte.

El campo Aliado, al que añadiremos el enjambre de pequeños países que circunstancialmente se mancomunaron con él — Bélgica, Servia, Montenegro, Rumania, y, al fin, hasta cerca de treinta, incluso el pobre Portugal —, representaba unos 300 millones de habitantes. Si añadimos los de los imperios coloniales inglés y francés, 700 millones. Y, al fin, los Estados Unidos, en total más de 800. Su extensión: casi las 2/3 partes del mundo.

El campo de los Centrales, incluyendo Bulgaria y el Imperio otomano, sumaba 170 millones.

La masa de soldados de los Aliados, unos 16 millones. La de los Centrales, unos 10.

¡Ya son cifras!

Es cierto que en aquel 1914, el automovilismo tenía aun escasa envergadura, y la aviación era poco más que un experimento. Pero el ferrocarril se hallaba en su apogeo, y cubría con igual ventaja las comunicaciones. Mas lo que da mejor idea del fruto guerrero de la mecanización e industrialización ya acusadísima de la época, eran las Marinas de Guerra, que estaban en el cénit de su prestigio. La sola Marina inglesa, huelga decir la mayor del mundo, comprendía más de 70 acorazados (de los cuales varios de más de 25.000 toneladas). Dicha Marina representaba, ella sola, un total de 2.500.000 toneladas. El conjunto de las Marinas aliadas ascendía a unos 100 acorazados (sin contar los que puso en liza Estados Unidos) y unos 2.000 buques. El de los Centrales, no alineaba menos de 40 acorazados y 600 buques. En ambos bandos, centenares de miles de marinos o personal del mar. Para dar mejor idea de todo diremos que, en la batalla de Jutlandia, que, pese a su brevedad, fue la mayor — y aun ahora lo sigue siendo — de todos los tiempos, se enfrentaron tan gran número de colosos de acero, que, con los mismos — ¡gigantesca chatarra! — hubieran podido construir 250 torres Eiffel.

Tal era la situación, en 1914, cuando, después de 40 años de paz "aparente" de reino de la llamada "Belle Epoque" (sin duda el momento de mayor refinamiento, civilización y elegancia de la Historia), sonaron los pistoletazos de Sarajevo que venían a derrumbar, como frágil castillo de naipes, aquella "torre de Babel" que era la Europa de las visiones de Donoso Cortés y de Balmes, aquel coloso de pies de barro cuya hora acababa de sonar.

LUIS CREUS VIDAL

EN EL MILENIO SAGRADO DE POLONIA

Ante cuatro mil polacos residentes en el extranjero y reunidos en la basílica de San Pedro, el Sumo Pontífice Paulo VI lanzaba al mundo el pregón del gran milenario: "El reloj de los siglos que, durante numerosos y largos períodos, se mantuvo silencioso, hasta el punto de hacer dudar de su fiel continuidad, se ha despertado y con puntualidad ha marcado, dos, tres..., diez siglos. Polonia, ¿qué hora es de tu vida? Es la hora del milenario. Esta voz que, trae el eco de los tiempos lejanos es impresionante. Es la voz de todos los pueblos de la nación polaca, repetida por todos los monumentos de la patria, misteriosamente repetida por todas las tumbas; una voz que grita: "Polonia está viva"; una voz que canta: "Polonia está unida"; una voz que llora: "Polonia sufre"; una voz que reza: "Polonia es católica". Es la voz de los grandes hombres, de los héroes, la voz de los artistas, la voz de los jóvenes, la voz de los humildes, la voz de los santos. Escuchad este coro de todo un pueblo que clama al unísono: "¡Que Cristo sea alabado por los siglos de los siglos!"

Los fastos del año jubilar polaco ha sido algo inenarrable. El pasado diciembre ha sido clausurado por un documento colectivo de los Obispos de la nación fidelísima. Es una glosa inspirada de los versículos del "Te Deum". Es la Acción de Gracias incontentada e incontente-

nible de todo un pueblo cristiano fielmente interpretada por sus legítimos Pastores (1).

Una odiosa e impenetrable censura ha conseguido amortiguar en todo el mundo las resonancias del gran milenario. Aunque sus métodos totalitarios y cicateros no han podido evitar que a través de alguna grieta nos llegara un rayo de luz: las intrépidas periodistas Sras. Ganshof van der Meersch y María Sofía Convent, de nacionalidad belga han perforado el telón de acero. Armadas de su rosario de peregrinas y su carnet y magnetófono de reporteras atravesaron muros de vergüenza y cortinas de hierro para traernos del paraíso comunista una información de primera mano; una información, que sin comentario de parte de ellas, constituye el mayor timbre de gloria para Polonia católica y un estigma de fuego grabado sobre la frente de la barbarie totalitaria del comunismo. El libro de esas dos heroicas mujeres es de los que merecen ser leídos (2). Sus páginas evocan a la vez el rezo silencioso de las catacumbas y el clamor multitudinario de un pueblo entero que se yergue invencible. Mil años de siembra cristiana de que brota un bosque de

(1) Ecclesia, 29 de abril de 1967, pág. 15 y ss.

(2) Sacrum Poloniae Millenium. Savoir et Agir. Bruxelles. Difundido en Francia por "Club du Livre Civique", 49 Rue des Renaudes. Paris-17.

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

"Pero, ¿y si supusiéramos que la noción de 'un Dios' que 'visita' la tierra en la persona de 'su Hijo' es tan 'mítica' como la del príncipe del cuento de hadas? ¿Y si supusiéramos que no hay ningún reino 'fuera' del que pueda llegar el 'Hombre del cielo'? ¿Y si supusiéramos que ha de desaparecer el mito de Navidad (es decir, la invasión de 'este lado' por el 'otro lado'), en oposición a la historia de Navidad (es decir, el nacimiento del hombre Jesús de Nazaret)? ¿Estamos preparados para realizar este cambio? ¿O bien nos aferraremos ahora a este último vestigio de la concepción mitológica o metafísica, como a la única apariencia que puede conferir a la narración poder suficiente para impresionar nuestra imaginación? ¿Es que no puede sobrevivir el esquema supranaturalista, por lo menos como una parte de la 'magia' de Navidad?

"Sí, ciertamente puede sobrevivir, pero como mito. Pues al mito le toca ocupar un lugar perfectamente legítimo y de una profunda importancia..." (*Ibidem*, p. 107.)

palmas martiriales. Una grey compacta e incontable antes dispuesta al genocidio y al exterminio y que a la apostasía y a la asimilación. Los carros de Budapest podrán allanarla si el mundo civilizado lo sigue consintiendo, pero los odiosos métodos de los lavados de cerebro y demás refinamientos de la persecución no lograrán hacer mella en la roca monolítica del cristianismo polaco. Polonia se incorporó a Cristo a partir del bautismo del Príncipe Mieszko, como lo habían hecho siglos antes Clodoveo en el baptisterio de Reims y Recaredo en el Tercer Concilio Toledano. El bautismo cristiano imprime carácter y cuando se trata de los pueblos tiene virtualidad para trazarles una órbita y marcarles un destino. Es lo que se llama su vocación cristiana. Polonia tiene la suya bien definida y quiere continuar siempre siéndole fiel.

El libro que presentamos tiene el valor de un auténtico testimonio. Son millones los católicos perseguidos. Sus lágrimas y su sangre, como la de Abel, claman al cielo. España, que de 1931 a 1939 pasó por tan cruentas pruebas, está preparada como nadie para captar las ondas que llegan de Polonia. En ocasión memorable dijo Pío XII que la salvación había salido de España. Ahora podríamos hacer nuestras las palabras del "Boletín de la Iglesia del silencio": "el malestar y las discusiones, a menudo desprovistas de amor, que después del Concilio impiden la acción del Espíritu Santo y amenazan la unidad de la Iglesia, son una crisis de pubertad espiritual... La falta de madurez que se nota tiene su contrapeso en la madurez de muchas almas, sobre todo allende el telón de acero. El alba despunta en el Este. Allí la sangre de los mártires es la semilla de una nueva Cristiandad. Allí los perseguidos se purifican en la prueba. Allí viven los santos de mañana" (3).

(3) P. Werenfried, citado por "Itinéraires", n.º 111, pág. 143.

Todo ello y mucho más es lo que evocan las páginas del "Sacrum Poloniae Millenium" con los discursos circunstanciales y los sermones del Cardenal Esteban Wyszynski, alma de la magna conmemoración, y de los Prelados de Poznan y Versovia. Los homenajes y la consagración a la venerada imagen de la Virgen de Czestochowa. La evocación de los Santos polacos y la traslación de sus reliquias. Una información gráfica de los principales actos conmemorativos con muchedumbres incontables que desbordan los objetivos fotográficos y las láminas trespobladas insertas en el libro.

La historia de Polonia vuelve página. En la de la Iglesia se cierra un capítulo. Para todos los católicos se desprende de ellos unas enseñanzas que no hemos de desoir.

El comunismo es intrínsecamente perverso. Es enseñanza clara y expresa de la Iglesia. El comunismo, tal como suena y no sólo en su vertiente atea, como lo dijo días atrás un editorialista barcelonés (4). La misma Iglesia nos enseña la actitud que nos toca adoptar ante su avance estremecedor: Hace ahora treinta años que Pío XI nos exhortaba no sólo a la oración y al ayuno, sino también a la restauración de las costumbres cristianas públicas y privadas: desasimientos de los bienes temporales, confianza en la Providencia, fidelidad a las leyes del matrimonio. Atención en no dejarnos extraviar por el comunismo rehusando toda colaboración con él y no cesando de denunciar su malicia. Toda la Encíclica "Divini Redemptoris" no es más que un programa de defensa contra los males que nos amenazan. Démonos por avisados. Porque cuanto mayor es la solera cristiana de un pueblo, tanto mayor es el encono y la saña con que el comunismo se ceba en él. El martirio de Polonia lo atestigüa.

FRANCISCO SEGURA, S. J.

(4) La Vanguardia Española, 7 de mayo de 1967.

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

"Tomando paradójicamente la defensa de Teilhard — escribe el Cardenal Journet — sostenemos que su doctrina es lógica, que su visión del mundo es coherente, que es preciso aceptarla por entero o rechazarla en bloque. Pero el dilema es grave.

"Si la rechazamos, es que somos fieles a todo el cristianismo tradicional, es que acatamos la revelación cristiana tal como se ha conservado y desarrollado en el curso de los siglos por el magisterio divinamente asistido. Y, desde luego, en esta perspectiva la tarea del pensamiento cristiano será de estar constantemente abierto y atento a los prodigiosos progresos de las ciencias de nuestro tiempo, y especialmente de *asumir* en su perspectiva propia

todo lo que pueda encontrarse de verdades e incluso de apariencias de verdad en la idea de la evolución de todo el universo de la materia y en particular de los organismos vivos...

"Si por el contrario aceptamos la visión teilhardiana del mundo, sabemos desde el principio — hemos sido debidamente advertidos —, qué nociones del cristianismo tradicional deberán ser *transpuestas* y a las que nos será preciso decir adiós: 'Creación, Espíritu, Mal, Dios (y más especialmente, Pecado original, Cruz, Resurrección, Parusía, Caridad...)'." (Citado por Maritain, en *Le Paysan de la Garonne*, p. 387.)

El Congreso de Lausanne 1967

Congreso de Acción

* * *

Este último encuentro de tres días reunió en el palacio Beaulieu, desde terminada la misa hasta la última comunicación al atardecer, *dos mil doscientos congresistas* llegados desde más de quince naciones. En el Congreso armonizaron

- los oficios litúrgicos (notables sermones sobre la Fe, capilla llenísima, recogimiento unánime, comunión muy numerosa, cantos en común);
- los discursos magistrales (de los que hablaremos);
- trabajos en distintos “forums” (o reuniones de coordinación de esfuerzos para la acción doctrinal en ambientes diversos);
- discusiones prácticas en “puntos de reunión”.

El éxito de estas últimas fue una de las características de Lausanne III.

Apenas salía de una conferencia, la multitud se dividía en torno a las mesas de reunión: scouts, habitación, familia y enseñanza, patronos y cuadros, problemas económicos, sindicatos diversos, acción familiar, estudiantes, infancia, inadaptados, etc.

* * *

Los organizadores del Congreso expusieron ellos mismos los métodos de acción, presentándolos cada uno bajo el ángulo de una preocupación de nuestro tiempo. Jean Ousset mostró cómo la “ola” de cultura ofrece un campo de acción cívica. François Gousseau se dirigió a los “seglares en la ciudad”, bien impuestos de sus derechos y libertades, pero convencidos de la necesidad de lo sobrenatural en la ciudad. J. F. de Merac trató de la obligación cívica entre nuestros deberes de estado si queremos servir a Cristo Rey. M. de Penfentenyo, puso de manifiesto la misión creciente de clubs ideológicos en la vida de las naciones y los nuevos métodos de acción política que se imponen. J. Beaucoudray se dirigió a los jóvenes, indicando sus posibilidades de trabajo en medio de las solicitudes políticas en las que la Juventud (con J mayúscula) es objeto. Henri Boissonet habló de las relaciones de la Ley Natural y la acción cívica. Michel Creuzet se apoyó en las ventajas de nuestros métodos de acción para “vencer el comunismo” porque salen al encuentro de los ardides subversivos que “dialectizando” rompen los vínculos sociales, masificando a los ciudadanos.

Un elemento común entre estos expositores: determinar los servicios que puede prestar el Office International: suministrador de ideas y documentación, formador y educador de cuadros en los diversos medios sociales, profesionales, familiares, políticos, locales, etc...

Contestando a la exhortación del Papa en su encíclica sobre el centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo, la multitud de congresistas, de pie, cantó el Credo en la misma sala de conferencias, a la invitación de Jean Ousset, Presidente del Office International en su discurso de clausura. Sin Cristo Rey “piedra angular”, los “constructores” de la ciudad temporal no son capaces, de hecho, ni siquiera de seguir la Ley Natural.

* * *

Jean Madiran dio las definiciones en su discurso introductorio. Situó el tema del Congreso como continuación de los precedentes. Después abordó las tres “vías” por las cuales podemos conocer la Ley Natural: Fe, connaturalidad, razón, y las diferentes maneras en que la Ley Natural fue enseñada a los hombres.

* * *

En nuestros días, es verdad, se pretende que la Iglesia, dejando a los hombres libres en cuanto a sus opciones políticas, especialmente sobre la elección del régimen, estaría pronta a aceptar cualquier clase de gobierno.

Geoffrey Lawman, a la luz de la “Divini Redemptoris” y de “Mit Brennender Sorge” mostró que ni la Iglesia, ni la razón pueden admitir organizaciones sociales y políticas anti-naturales que socavaban las familias, las patrias, las corporaciones intermediarias.

* * *

La alteración de la realidad social conduce a dos consecuencias que el profesor Marcel de Corte y Gustave Thibon pusieron de relieve.

1) La realidad política da lugar a una continua utopía con la cual las “ses medias” cortan al aglomerado humano el ejercicio de sus libertades.

2) La mutación del destino eterno de los ciudadanos es un mito del Progreso indiscutido y remitido siempre al día siguiente, del que habló Gustave Thibon.

Lo Eternal se convierte en “futurismo” inmanente en la ciudad.

Este “futurismo” representado por los diversos progresismos encuentra aún su expresión en el teilhardismo y los mitos de salvación global de la humanidad.

* * *

“Progreso ciego para mañana mientras que las ruinas se acumulan hoy”. Paso a paso, el profesor Rivière habló

del "niño aceptado", "niño exigido", "niño rechazado" y terminó con el necesario respeto a las leyes de la vida, sin el cual, los vicios más repugnantes y el crimen hipócritamente disfrazado de preocupaciones "eugenéticas" sitúan al hombre por debajo de la bestia (ya se trate de la hetero-inseminación o del crimen contra el feto en el momento de su concepción o en el curso de la vida uterina).

* * *

Desde hace dos mil años la civilización cristiana ha constituido una protección del hombre, de la que Jean de Fabrègues nos pintó el cuadro.

Si es justo, en algún sentido hablar de civilización indúe, árabe, extremo-oriental, no lo es menos que para estas civilizaciones ha sido de imperiosa necesidad fundarse sobre tres ideas: (en torno a las que el Occidente se ha desarrollado): "El valor de la inteligencia, incluso en el orden religioso, el sentido del amor como clave de la vida personal, el respeto de todo hombre como ser llamado a un destino trascendente".

* * *

"Estamos de espalda a la pared" concluyó el almirante Auphan, a propósito de la guerra. O bien nuestras patrias respectivas encuentran por lo menos el sentido de un orden natural (que fonda los acuerdos de La Haya, observados durante la guerra 1914-1918). O bien volveremos a la "barbarie" anterior a la sociedad cristiana, a estas destrucciones metódicas de las ciudades vencidas, escala del mundo contemporáneo, la guerra atómica y la guerra ideológica.

* * *

Sacando las conclusiones del Congreso, Jean Ousset trató de los avatares de un orden social que desconoce a la Ley Natural.

"Proyecto de maridaje entre el liberalismo y la Iglesia", entre "el comunismo y la Iglesia"... "el teilhardismo y la Iglesia". Cada vez se propone a la gracia una subnaturalidad. La gracia no encuentra terreno propicio para su eclosión.

* * *

La lista de los presidentes de sesiones indica bastante la extensión del Office International en el mundo. Cronológicamente citamos:

Gil Moreno de Mora, Presidente de la Cámara de Agricultura de Tarragona (España).

Tomás Molnar, de la revista "Triumph" (USA).

Profesor Pedro Galvao de Sousa, de la Universidad Católica de São Paulo (Brasil).

Francesco Leoni, Director de la revista "Relazioni" (Italia).

R. Beurrier, Vicepresidente de la Asociación de alcaldes de Francia. Retenido por enfermedad fue sustituido por Melle Schwyzer, colaborador de la revista "Wanderer" (USA).

Amédée d'Andigné, Presidente de los "Amigos de la Ciudad Católica" (Francia).

Jean de Siebenthal, Profesor de la Escuela Politécnica de la Universidad de Lausanne (Suiza).

Presidente: Jean Ousset, que recordó, en términos delicados los peregrinajes en honor de la Virgen.

Conclusión

"Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat". Con los viriles acentos de las letanias carolingias anti-guas, canto triunfal a Cristo Rey, terminó el Congreso.

TEOLOGÍA DEL ANTICRISTO

"Jesús es 'el hombre para los demás', aquél que el Amor ha llenado por completo, aquél que está enteramente abierto, y unido, al fondo de su ser. Esta 'nueva vida en el ser para los demás, debida a la participación en el Ser de Jesús', es la trascendencia. Pues en este punto del amor llevado 'al máximum' encontramos a Dios, la 'profundidad' última de nuestro ser, lo incondicional en el condicionado. Esto es lo que el Nuevo Testamento quiere decir cuando habla de que 'Dios estaba en Cristo' y que, lo que 'Dios era, el Verbo lo era'. Porque Cristo fue totalmente y hasta la muerte 'el hombre para los demás', porque era amor, 'Cristo era uno con el Padre' pues 'Dios es amor'. Por esta misma razón fue el más perfectamente hombre, el hijo del hombre, el siervo del Señor. Fue, verdaderamente, uno de nosotros', y el símbolo del nacimiento virginal sólo puede significar legítimamente aquello que quiere significar en el cuarto Evangelio (si es que su descripción por los cristianos refleja la de Cristo): que la totalidad de su vida es una vida nacida 'no de sangre, ni deseo de la carne, no de querer de hombre, sino de Dios.'" (Honest to God, p. 118.)